
LA ENTRETENIDA

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, LA ENTRETENIDA en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

Personas que hablan en ella:

- OCAÑA, lacayo
 - CRISTINA, fregona
 - Don ANTONIO
 - MARCELA, su hermana
 - Don FRANCISCO
 - CARDENIO
 - TORRENTE, su criado
 - MUÑOZ, escudero de Marcela
 - DOROTEA, [doncella de Marcela]
 - Don AMBROSIO
 - QUIÑONES, paje
 - ANASTASIO
 - MÚSICOS
 - Un BARBERO
 - Un ALGUACIL
 - [Un] CORCHETE
 - Don GIL, bastardo
 - CLAVIJO
 - Un CARTERO
 - Don Pedro Osorio, PADRE de [otra] Marcela
-

JORNADA PRIMERA

Sal en OCAÑA, lacayo, con un mandil y harnero, y CRISTINA, fregona

OCAÑA: Mi sora Cristina, denmos.
CRISTINA: ¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?
OCAÑA: Dar en dulce, no en huraña,
ni en tan amargos extremos.
CRISTINA: ¿Querría el sor que anduviese
de pa y vereda contino?
OCAÑA: No hay quien ande ese camino
que algún gusto no interese.
[CRISTINA]: Siempre la melancolía
fue de la muerte parienta,

y en la vida alegre asienta
el hablar de argentería.

Motes, cuentos, chistes, dichos,
pensamientos regalados,
muy buenos para pensados,
y mejores para dichos.

OCAÑA: Sé yo, Cristina, con quién
te burlas, y no es conmigo.

CRISTINA: ¿Sabe, Ocaña, qué le digo?

OCAÑA: ¿Qué dirás que me esté bien?

CRISTINA: Dígole que no malicie
con tan dañados intentos.

OCAÑA: Pues a fe que en estos cuentos
ando por la superficie;
que, si llegase hasta el centro,
¡oh, qué diría de cosas!

CRISTINA: Muchas, pero maliciosas.

OCAÑA: Sálenme mil al encuentro
del corazón a la lengua.

CRISTINA: No te pienso escuchar más.

OCAÑA: Vuelve, Cristina; ¿a dó vas?

CRISTINA: Es el escucharte mengua,
y enfádanme tus ruindades
y tus modos de decir.

OCAÑA: El que está para morir,
siempre suele hablar verdades.
Yo estoy muriendo, y confieso

que quieres bien a Quiñones.

CRISTINA: De tus malas intenciones
agora se vee el exceso;

agora se echa de ver
que eres loco y laca...

OCAÑA: Bueno;

pronuncia de lleno en lleno,
aunque el "yo" no es menester;
que el ser lacayo no ignoro,
sin rodeos y sin cifras.

Y mal tu venganza cifras
en no guardar el decoro

que debes a ser fregona
de las más lindas que vi,
entre Quiñones y mí,
ya cordera, y ya leona.

CRISTINA: ¿Soy, por ventura, mujer
que he de avasallarme a un paje?
¿O vengo yo de linaje
de tan bajo proceder?

¿No soy yo la que en mi flor,
por no querer ofendella,
presumo más de doncella,
que no el Cid de Campeador?

¿No soy yo de los Capoches
de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA: Con todo, te has de quedar,
Cristina...

CRISTINA: ¿A qué?

OCAÑA: A buenas noches,

Eres muy solicitada
y muy vista, y no está el toque
en que la flor no se toque,
si al serlo está aparejada.

Las flores en el campo están
sujetas a cualquier mano:

a las del bajo villano
y a las del alto galán,
al arado y al pie duro
del labrador que le guía;
pero la flor que se cría
tras el levantado muro

del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

La mujer ha de ser buena,
y parecerlo, que es más.

CRISTINA: Gran predicador estás;
mas tu doctrina condena
a tus lascivos intentos.

OCAÑA: Lavántasles testimonio:
que al blanco del matrimonio
asestan mis pensamientos.

CRISTINA: A mucho te has atrevido.
Muestra; aquí está la cebada.

Dale el harnero. [Vase] CRISTINA

OCAÑA: Toma el harnero, agraviada
deste que de ti lo ha sido.
¡Oh pajes, que sois halcones
destas duendas fregoniles,
de su salario alguaciles,
de sus vivares hurones!

Lleváisos la media nata
deste común beneficio;
dais en ella rienda al vicio,
sin hallar ninguna ingrata:
gozáis del justo botín
y de la limpia chinela,
y os reís del arandela
y del dorado chapín;

hacéis con modos süaves
burla que os cuesta barata
de aquellas lunas de plata
que van pisando las graves.
¡Qué presto Cristina vuelve
con la cebada y Quiñones!
¡Corazón, triste te pones!
¡La sangre se me revuelve
en ver a estos dos tan juntos,
tan domésticos y afables!

[Sale] CRISTINA, con la cebada, y QUIÑONES, el paje

CRISTINA: No le mires ni le hables.
Si le hablares, no sea en puntos
que te descubran celoso;
que hará mil suertes en ti.

QUIÑONES: Aunque mozo, nunca fui,
ni soy, ni seré medroso.

CRISTINA: Advierte que está delante.
Tome, galán, la cebada.

OCAÑA: ¿Bien medida?

CRISTINA: Y bien colmada.

OCAÑA: ¿Midióla mi so galante?

CRISTINA: No la midió sino el diablo,
que tu mala lengua atiza.

OCAÑA: Voyme a mi caballeriza,
por no ver este retablo
destas dos figuras juntas
que no se apartan jamás.

QUIÑONES: En tales malicias das,
que con una mil apuntas;
y que te engañas sé yo.

OCAÑA: Y también sé yo muy bien

que a los dos estará bien
el callar.

CRISTINA:

Yo sé que no,
porque quien calla concede
con el mal que dél se dice.

OCAÑA:

Ninguno te dije o hice.

QUIÑONES:

Ni él decir o hacerle puede.

OCAÑA:

Por vida suya, que abaje
el toldo; que, en mi conciencia,
que hay muy poca diferencia
entre un lacayo y un paje.

La longura de un caballo
puede medirla a compás,
yo delante, y él detrás:
andallo, mi vida, andallo.

[Vase] OCAÑA

CRISTINA:

¡Y que tú no tengas brío
para responderle! Creo
que he de recobrar mi empleo
y volverme a lo que es mío.

QUIÑONES:

¿Qué tengo de responder?
¿Ciño espada? No la ciño.
Y más, que es mengua si riño
con...

CRISTINA:

Quiñones, a placer:
que es Ocaña hombre de bien,
y espadachín además.

[Salen] don ANTONIO y su hermana MARCELA

D. [ANTONIO]:

¡Porfiada, hermana, estás!
Quiero, mas no diré a quién.
Tengo ausente mi alegría,
sin saber adónde yace,
y de aquesta ausencia nace
toda mi malencolía.

Hanla escondido, y no sé
adónde, en cielo ni en tierra;
muévenme los celos guerra,
y dan alcance a mi fe,

no porque la menoscaben:
que, celos no averiguados,
ministran a los cuidados
materia porque no acaben;
son la leña del gran fuego
que en el alma enciende amor,
viento con cuyo rigor
se esparce o turba el sosiego.

QUIÑONES:

Aún no han echado de ver
que estamos aquí nosotros.

D. [ANTONIO]:

Dejadnos aquí vosotros.

CRISTINA:

Entra aquí el obedecer.

[Vanse] QUIÑONES y CRISTINA

MARCELA:

¿Siquiera no me dirás
el nombre desa tu dama?

D. [ANTONIO]:

Como te llamas, se llama.

MARCELA:

¿Como yo?

D. [ANTONIO]:

Y aun tiene más:
que se te parece mucho.

MARCELA:

(¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto? [Aparte]
¿Si es amor éste de incesto?

Con varias sospechas lucho).
¿Es hermosa?

D. [ANTONIO]: Como vos,
y está bien encarecido.

MARCELA: (El seso tiene perdido [Aparte]
mi hermano. ¡Válgale Dios!)

[Sale] Don FRANCISCO, amigo de Don ANTONIO

D. FRANCISCO: ¿Andan hinchadas las olas
del mar de tu pensamiento?

D. [ANTONIO]: Entraos en vuestro aposento;
dejadnos, hermana, a solas;
retiraos, hermana mía.

MARCELA: ¡Dios tus intentos mejore!

[Vase] MARCELA

D. [ANTONIO]: ¿Traéis desdichas que llore,
o ya venturas que ría?

D. FRANCISCO: Promesas que se han cumplido
con dádivas, se han probado;
industrias se han intentado
del Sinón más entendido;
las diligencias que he hecho
frisan con las imposibles;
lince ha habido invisibles,
y espías de trecho a trecho;
pero no puede mostrar
sagacidad o cautela
dónde han llevado a Marcela;
cosa que es para admirar.

Solamente se imagina
que una noche la sacó
su padre, y se la llevó;
pero adónde, no se atina.

D. [ANTONIO]: ¿Si podrá la astrología
judiciaria declarallo?

D. FRANCISCO: Yo no pienso interrogallo;
que tengo por fruslería
la ciencia, no en cuanto a ciencia,
sino en cuanto al usar della
el simple que se entra en ella
sin estudio ni experiencia.

Si acaso Marcela fuera
alguna joya perdida,
yo buscara otra salida,
que buena en esto la diera.
Santos hay auxiliadores
veinte, o más, o no sé cuántos;
pero no querrán los santos
curarnos de mal de amores.

A la justa petición
siempre favorece el Cielo.

D. [ANTONIO]: Pues, ¿no es muy justo mi celo?
¿No está muy puesto en razón?

¿Busco yo a Marcela acaso
sino para ser mi esposa?
¿Della pretendo otra cosa?

D. FRANCISCO: O vámonos, o habla paso:
que no sabes quién te escucha.

D. [ANTONIO]: Vamos, amigo, y advierte
que fío mi vida y muerte
de tu discreción, que es mucha.

[Vanse] Don ANTONIO y Don FRANCISCO. Entran CARDENIO, con

manteo
y sotana, y tras él TORRENTE, capigorrón, comiendo un membrillo
o cosa que se le parezca

CARDENIO: Vuela mi estrecha y débil esperanza
con flacas alas, y, aunque sube el vuelo
a la alta cumbre del hermoso cielo,
jamás el punto que pretende alcanza.
Yo vengo a ser perfecta semejanza
de aquel mancebo que de Creta el suelo
dejó, y, contrario de su padre al celo,
a la región del cielo se abalanza.
Caerán mis atrevidos pensamientos,
del amoroso incendio derretidos,
en el mar del temor turbado y frío;
pero no llevarán cursos violentos,
del tiempo y de la muerte prevenidos,
al lugar del olvido el nombre mío.

TORRENTE: ¿Comes? Buena pro te haga;
la misma hambre te tome.
No puede decir que come
el que masca y no lo traga.
No se me vaya a la mano,
que ésta, si acaso es culpa,
ser me sirve de disculpa
el membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
y mil veces referillo:
espada, mujer, membrillo,
a toda ley, de Toledo.

CARDENIO: Las acciones naturales
son forzosas, y el comer,
una dellas viene a ser,
y de las más principales;
y esto aquí de molde viene,
y es una advertencia llana:
come el rico cuando ha gana,
y el pobre, cuando lo tiene.

TORRENTE: Con todo, me darás gusto
de que en la calle no comas.
Si estas niñerías tomas
por deshonra o por disgusto,
yo me aturaré la boca
con cal y arena a pisón.

CARDENIO: Sé que tienes discreción.

TORRENTE: ¡Y golosina no poca!

CARDENIO: Sabes lo que nunca supo
el diablo.

TORRENTE: Y aun soy peor.

CARDENIO: ¿Vuelves a comer, traidor?

TORRENTE: Ya no como, sino chupo.

[Sale] MUÑOZ, escudero de MARCELA

CARDENIO: Pero ves dónde parece
tu Santelmo.
Así es verdad,
puesto que mi tempestad
nunca mengua y siempre crece.

MUÑOZ: En estas benditas manos
tengo mi remedio puesto.
Vos veréis cómo echo el resto
en daros consejos sanos.

Advertid, hijo, que son
las canas el fundamento

y la basa a do hace asiento
la agudeza y discreción.

En la mucha edad se muestra
que asiste toda advertencia
porque tiene a la experiencia
por consejera y maestra;

y estas canas no han nacido
en aqueste rostro acaso.

CARDENIO: Hablad, señor Muñoz, paso,
que ya os tengo conocido,

y sé que sabéis cortar,
colgado del aire, un pelo.

MUÑOZ: Así me ayude a mí el cielo
como os pienso de ayudar;

porque el premio es el que aviva
al más torpe ingenio y rudo.

CARDENIO: Si es premio este pobre escudo,
vuestra merced le reciba

con aquella voluntad
sana con que yo le ofrezco.

MUÑOZ: ¡Oh señor, que no merezco
tanta liberalidad!

TORRENTE: Tomóle, besóle y dióle
quizá perpetua clausura;

del oro la color pura
sin duda que enamoróle,

porque tiene una virtud
de alegrar el corazón,

y la avara condición
vive con la senetud.

Pero, ¿a qué pecho no doma
la hambre del oro?

MUÑOZ: Escucha,
y con advertencia mucha,

hijo, este consejo toma.

De Marcela no hay pensar
que es de tan tiernos aceros,
que la han de ablandar terceros,
ni rogar, ni porfiar,

ni lágrimas, ni suspiros,
ni voluntad verdadera:

que son con ella de cera
de amor los más fuertes tiros.

A las olas que se atreven
a embestirla por amar,
se muestra roca en la mar,
que la tocan y no mueven.

Esto con Marcela pasa.

CARDENIO: No me acobardes y espantes.

TORRENTE: ¡Oh, cuántos destos diamantes
he visto volver de masa!

¡Cuántas he visto rendidas
a un billete trasnochado!

¡Cuántas, sin darlas, han dado
de ganadas en perdidas!

¡Cuántas siguen sus antojos
en mitad de su recato!

¡Cuántas en el dulce trato
tropiezan, y aun dan de ojos!

MUÑOZ: Pues ni Marcela tropieza
ni cae.

TORRENTE: ¡Gran milagro!

CARDENIO: Calla;

que es extremo que se halla
hoy en la naturaleza,

y el señor Muñoz bien sabe
lo que dice.

MUÑOZ: Yo estoy cierto
que, aún más bien del que os advierto,

todo en mi señora cabe.

Pero vengamos al punto
de lo que quiero decir.

CARDENIO:

Hasta acabarle de oír,
estoy, Torrente, difunto.

MUÑOZ:

Es el caso que está en Lima
un hermano de su padre
de Marcela, caballero
de ilustre y claro linaje.
De los bienes de fortuna
dicen que le cupo parte
tanta, que, entre los más ricos,
suelen por rico nombrarle.
Tiene un hijo que se llama
don Silvestre de Almendárez,
el cual con doña Marcela,
aunque prima, ha de casarse.
Cada flota le esperamos;
mas, si en esta que se sabe
que ha llegado a salvamento
no viene, echado ha buen lance.
Fíngete tú don Silvestre,
que yo te daré bastantes
relaciones con que muestres
ser él mismo; y serán tales,
que, por más que te pregunten,
podrás responder con arte,
que, acreditando el engaño,
tus mentiras sean verdades.
Aposentarán te en casa,
harán te gasajos grandes,
y tú dentro, una por una,
podrás ver cómo te vales.

CARDENIO:

Está bien; pero si acaso
en aquesta flota traen
cartas dese don Silvestre,
y de que no viene saben,
yo dentro en casa, ¿qué haré?
¿Cómo podrá acreditarse
tan conocida mentira
para que pase adelante?

MUÑOZ:

Dirás que, después de escritas
y dadas, quiso tu madre
que te vinieses a España,
aunque a hurto de tu padre;
que ella, deseando verse
con nietos en quien dilate
su nombre y posteridad,
no quiso que más tardases.
Y este venirme a escondidas
podrá, señor, escusarte
de no venir con riquezas
que el ser quien eres señalen;
mas no dejes de traer
algunas piedras bezares,
y algunas sartas de perlas,
y papagayos que hablen.

CARDENIO:

En eso yo daré trazas
que dese aprieto me saquen,
y tales, que satisfagan.

TORRENTE:

Todo aquesto es disparate.

CARDENIO:

La memoria sea cumplida,
y los puntos importantes
que en este nuevo edificio
han de ser fundamentales,
vengan especificados,
de modo que me declaren
por el mismo don Silvestre.

MUÑOZ: Ven por ellos esta tarde.
CARDENIO: Volverá este mi criado.
TORRENTE: Volveré, si a Dios le place;
que, sin su ayuda, no puedo,
ni estornudar, ni mudarme.
MUÑOZ: Señor, si acaso, si a dicha,
si por buena suerte traes
otro escudillo, bien puedes
con liberal mano darle:
que es invierno, y no hay bayeta,
y no será bien que pase
frío el que al incendio tuyo
procura refrigerarle.
CARDENIO: No le traigo, en mi conciencia;
pero yo haré que se os saque
un vestido de bayeta,
y a mi cuenta le hará el sastre.
MUÑOZ: Venderéle, ¡vive Roque!
No consentiré se ensanche
Marcela con mis trofeos,
que cuestan gotas de sangre.
Vístame la que quisiere
que polido la acompañe:
que gastar yo mi bayeta
en servicio ajeno, ¡tate!
Y voyme, porque conviene
que la memoria se estampe
que fortifique este embuste.
Y a Dios quedéis.
CARDENIO: Él os guarde.
MUÑOZ: Mire que no se le olvide
lo de la bayeta y sastre:
que en este punto consisten
sus gustos o sus pesares.

[Vase] MUÑOZ

CARDENIO: ¡Gran principio a mi quimera!
TORRENTE: Llámala, señor, dislate;
torre fundada en palillos,
como casica de naipes.
Dime: ¿dónde están las perlas?
¿Dónde las piedras bezares?
¿Adónde las catalnicas
o los papagayos grandes?
¿Dónde la práctica de Indias,
de los puertos y los mares
que se toman y navegan?
¿Dónde la bayeta y sastre?
Si quieres que tus negocios
en felice punto paren,
lleva, y esto te aconsejo,
siempre la verdad delante.
Capigorrista soy tuyo,
y como padezco hambre,
tengo sutil el ingenio,
y en dar consejos soy sacre.
CARDENIO: Yo me remito a la lista
de Muñoz; tú no desmayes,
que en las empresas de amor,
tal vez se ha visto que valen
el ingenio y la ventura
más que las riquezas grandes.
TORRENTE: Deste laberinto, el cielo
con las narices nos saque.

[Vanse. Salen] MARCELA y DOROTEA, su doncella

DOROTEA: Dime, señora: ¿qué muestra
te ha dado tu hermano [t]al,
que sea indicio y señal
de alguna intención siniestra?

No puedo darme a entender
que te ama viciosamente,
aunque es caso contingente.

MARCELA: ¡Y cómo si puede ser!

¿Ya no se sabe que Amón
amó a su hermana Tamar?
¿Y no nos vienen a dar
Mirra y su padre ocasión
de temer estos incestos?

DOROTEA: Con todo, señora, creo
que encamina su deseo
por términos más compuestos,
y esto tengo por verdad.

MARCELA: Mi querida Dorotea,
plega al Cielo que así sea;
Él rijá su voluntad.

De contino trae en la boca
mi nombre, a hurto me mira,
gime a solas y suspira,
las manos me besa y toca;
y da por disculpa desto,
que me parezco a su dama,
que de mi nombre se llama.

DOROTEA: ¿Hase, a dicha, descompuesto
a hacer más de lo que dices?

MARCELA: No, por cierto; ni querría.

DOROTEA: Pues desto, señora mía,
no es bien que te escandalices;
pues podrá ser que su dama
se llame, señora, así,
y que se parezca a ti,
si de hermosa tiene fama.

[Sale] Don ANTONIO, hermano de MARCELA

MARCELA: Mira do viene suspenso;
tanto, que no echa de ver
que aquí estamos. De su ser
que está trastrocado pienso.

Escuchémosle, y advierte
cómo de Marcela trata.

D. [ANTONIO]: Es tu ausencia la que mata;
no el desdén, aunque es tan fuerte.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
¡Cuán lejos debió estar de conocerte
el que al furor de la invencible muerte
igualó tu poder y tu violencia!

Que, cuando con mayor rigor sentencia,
¿qué puede más su limitada suerte
que deshacer la liga y nudo fuerte
que a cuerpo y alma tiene inconveniencia?

Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,
pues un espíritu en dos mitades parte.
¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!

Que, del lugar de do mi alma parte,
dejando su mitad con quien la enciende,
consigo traiga la más frágil parte.

¡Oh Marcela fugitiva
y sorda al lamento mío!

¿Cómo quiere tu desvío
que ausente muriendo viva?
¿Dónde te escondes? ¿Qué clima,
inhabitable te encierra?
¿Cómo a tu paz no da guerra
el dolor que me lastima?
¡Téngote siempre delante,
y no te puedo alcanzar!

MARCELA:

Para temer y pensar,
¿esto no es causa bastante?

DOROTEA:

Sí, por cierto. Nunca estés
sola, si fuere posible;
de que aspire a lo imposible,
jamás ocasión le des;
rómpase en tu honestidad,
en tu advertencia y recato,
la fuerza de su mal trato,
que nace de ociosidad.

Y vámonos, no nos vea;
dé a solas rienda a su intento.

MARCELA:

Yo estoy en tu pensamiento,
que es muy bueno, Dorotea.

*[Vanse] MARCELA y DOROTEA. Sale OCAÑA, de lacayo, con una
varilla de membrillo y unos antojos de caballo en la mano,
y pónese atento a escuchar a su amo*

D. [ANTONIO]:

Amor, que lo imposible facilitas
con poderosa fuerza blandamente,
allanando las cumbres:
¿por qué las nubes de mi sol no quitas?
¿Por qué no muestras por algún Oriente
las dos hermosas cumbres
que dan rayos al sol, luz a tus ojos,
por quien te rinde el mundo sus despojos?

OCAÑA:

¿Qué quieres, Ocaña?

Quiero

herrar el bayo, señor,
y no acierta el herrador
a herralle si no hay dinero.

Débense cuatro herraduras
y un brebajo; mira, pues,
si andarán aquellos pies,
siendo tus manos tan duras.

Y vengo por seis raciones
que me deben: que amohína
ver que sobren a Cristina
y resobren a Quiñones,
y que falten para mí,
que sirvo mejor que todos,
de tres y de cuatro modos.

D. [ANTONIO]:

Confieso que ello es así,
Ocaña amigo, y sabed
que todo se os pagará.
Y andad con Dios.

OCAÑA:

Siempre está

conmigo vuestra merced
riguroso por el cabo.

D. [ANTONIO]:

¿En qué modo?

OCAÑA:

¿Yo no veo
que, cual si fuera guineo,
bezudo y bozal esclavo,
apenas entro en la sala
por alguna niñería,
cuando cualquiera me envía,
si no en buena, en hora mala?

A nadie se le trasluce,
por más que yo lo procuro,
el ingenio lucio y puro
que en este lacayo luce.

Anda conmigo al revés
fortuna poco discreta:
que, si tú fueras poeta,
quizá fuera yo marqués,
o, por lo menos, ya fuera,
tu consejero y privado;
pero de mi corto hado
tamaño bien no se espera.

Hay poetas tan divinos,
de poder tan singular,
que puedan títulos dar
como condes palatinos;
y aun, si lo toman despacio,
en tiempo y caso oportuno,
no habrá lacayo ninguno
que no casen en palacio
con doncellas de la reina,
de valor único y solo:
que, por la gracia de Apolo,
esta gracia en ellos reina.

Pero yo nací, sin duda,
para la caballeriza,
haciendo en mis dichas riza
mi suerte, que no se muda.

El discreto es concordancia
que engendra la habilidad;
el necio, disparidad
que no hace consonancia.

Del cuerpo por los sentidos
obra el alma, y, cuales son,
o muestra su perfección,
o términos abatidos.

De aquesto quiero inferir
que tan sutil cuerpo tengo,
que en un instante prevengo
lo que he de hacer y decir.

Lacayo soy, Dios mediante;
pero lacayo discreto,
y, a pocos lances, prometo
ser para marqués bastante,
como aquel de Marinán,
de dinare, e pi ù dinare,
si la suerte no estorbare
este bien que no me dan.

D. [ANTONIO]:

¡Alto! Vos habéis hablado
de modo que me obligáis
a que de humilde subáis
a más eminente estado,
siendo al primero escalón
servirme de consejero;
y así, amigo Ocaña, quiero
mostraros mi corazón,
para que, viendo patentes
las ansias que en él se anidan,
ellas a tu ingenio pidan
los remedios suficientes:
que tal vez una dolencia
casi incurable la sana
de una vejezuela cana
una fácil experiencia.

OCAÑA:

Dime tu mal, mi señor,
y verás cómo en tantico
tantos remedios aplico,
que sanes con el menor.

Y si, por ventura, es
el ciego el que te atormenta,
puedes, señor, hacer cuenta
de que ya sano te ves,

porque no se ha de tomar
conmigo el dios ceguezuelo.

D. [ANTONIO]:

Que no estás en ti recelo.

OCAÑA:

¿Pues en quién había de estar?

Que, a no tomarme del vino,
por costumbre o por conhorto,
no hubiera en toda la corte
otro Catón Censorino

como yo.

D. [ANTONIO]:

Ya desvarías.

Vuélvete, Ocaña, a tu establo.

[Vase] Don ANTONIO

OCAÑA:

Aunque más sentencias hablo
y elevadas fantasías,

se me trasluce y figura,
conjeturo, pienso y hallo,
.....[-alloy]

ha de ser mi sepultura.

Y está muy puesto en razón:
que, el que quiere porfiar
contra su estrella, ha de dar
coces contra el aguijón.

Cristinica estará agora
en la plaza; allá me impele
aquella fuerza que suele,
que dentro del alma mora.

Búscola como a mi centro,
y, si la encontrase yo,
nunca jugador echó
tan rico y gustoso encuentro.

Deste gusto no me prive
Amor, que en mi ayuda llamo,
y siquiera, con mi amo,
ni más medre ni más prive.

*[Vase] OCAÑA. Salen Don AMBROSIO, caballero, y CRISTINA,
con un billete en la mano*

CRISTINA:

Hasta ponerle yo en parte
donde le vea, harélo;
pero en lo demás recelo
que no podré contentarte.

D. AMBROSIO:

Haz, amiga, que le lea:
que en sólo aquesto consiste
la alegría deste triste.

CRISTINA:

Digo que haré que le vea.

Quizá, por curiosidad,
querrá leerle Marcela:
que se ha de usar de cautela
con su mucha honestidad.

No desplegaré la boca
para decirla palabra:
que en sus entrañas no labra
fuerza de amor, mucha o poca.

D. AMBROSIO:

¿Regálala, por ventura,
don Antonio?

CRISTINA:

Como a hermana.

D. AMBROSIO:

De ser su intención tan sana,
no sé yo quién lo asegura.

¡Oh padre mal advertido!

CRISTINA: No le tiene.
D. AMBROSIO: Sí le tiene;
pero a mí no me conviene
el darme por entendido.
De las cosas que sospecho
y de las que son tan graves,
tenga la lengua las llaves,
y no las arroje el pecho.
CRISTINA: Vete, señor, que allí asoma
un paje de casa.
D. AMBROSIO: Amiga,
por tu industria y tu fatiga,
este pobre premio toma.
Y prométete de mí
montes de oro, que bien puedes.
CRISTINA: La menor de tus mercedes
suele ser un Potosí.

*Dale una cajita pintada. Vase AMBROSIO, y entra
QUIÑONES*

QUIÑONES: ¿Quién era, Cristina, el lindo
que con tanta sumisión
debió encajar su razón?
"Tuyo soy, y a ti me rindo."
¡Vive el Dador de los cielos,
que es la fregona bonita!
Ordena, manda, pon, quita;
ta, ta, también pide celos.
CRISTINA: El so paje, por su entono,
que primero se tarace
la lengua, que otra vez trace
palabras, y no en mi abono.
¿Hásenos vuelto otro Ocaña?
¡Celos y más celos!
QUIÑONES: Calle,
y advierta que está en la calle.
CRISTINA: ¡Ay! Por mi fe, que se ensaña
el mancebito frión.
QUIÑONES: Cristina, menos gallarda;
que esa gallardía aguarda...
CRISTINA: ¿Qué, mi rufo?
QUIÑONES: Un bofetón.
CRISTINA: ¿En mi cara?
QUIÑONES: En la del cura
le diera, a venir a mano.
CRISTINA: ¿Y que alzarás tú la mano
contra tanta hermosura
como pusieron los cielos
en mis mejillas rosadas?
QUIÑONES: Siempre son desatinadas
las venganzas de los celos.
Ocaña es éste. Camina,
y escóndete entre la gente.

*[Vanse] QUIÑONES y CRISTINA, y sale
OCAÑA*

OCAÑA: Partió mi sol de su Oriente,
y al ocaso se encamina,
y tras sí lleva la sombra
que le sirve de arrebol.
Para mí no es este sol,
sino niebla que me asombra.
Plega a Dios, humilde paje,
asombro de mi esperanza,

que ni valgas por privanza,
ni te estimen por linaje;
sirvas a un catar[r]libera,
que te dé corta ración;
sea tu estado un bodegón;
no te dé luto, aunque muera;
y cuando el cielo te adiestre
a servir a un titulado,
tu enemigo declarado
el maestresala se muestre.

De las hachas no te valgas,
ni de relieves veas gozo,
y nunca te salga el bozo,
porque de paje no salgas.

Póngante infames renombres;
juegues; pierdas la ración,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hombres.

[Vase] OCAÑA. Sal e MUÑOZ

MUÑOZ: Despierto y durmiendo, estoy
pensando siempre y soñando
cuándo ha de llegar el cuándo
mude el pellejo en que estoy;
cuándo querrá aquel planeta
que sobre mí predomina,
que remedien mi rüina
el gran sastre y la bayeta.

Diles la memoria, y diles,
previniendo mil barruntos,
de los más sotiles puntos
las respuestas más sotiles;
pero, con todo, me pesa
de haberme empeñado así,
porque tengo para mí
ser de peligro la empresa.

[Sal en] Don ANTONIO y TORRENTE en hábito de
peregrino

D. [ANTONIO]: Mucho más es melindre que advertencia,
y hasé tenido confianza poca
de quien yo soy. Por Dios, que estoy corrido.

MUÑOZ: ¡Válgate el diablo! ¿Qué disfraz es éste?
Esto no puse yo en la lista.

TORRENTE: Digo
que el señor don Silvestre de Almendárez
no pudo más. El caso fue forzoso,
y la borrasca tal, que nos convino
alijar el navío, y echar cuanto
en su anchísimo vientre recogía
al mar, que se sorbió como dos huevos
catorce mil tejuelos de oro puro.
Al cielo las promesas y oraciones
volaban más espesas que las nubes,
que la cara del sol cubrían entonces;
entre las cuales oraciones, una
envió don Silvestre al sumo alcázar
con tan vivos y tiernos sentimientos,
que penetró los cascos de los cielos.
Conteníase en ella que de Roma
aquello que se llama Siete Iglesias
andaría descalzo peregrino,
si Dios de aquel peligro le sacaba.
Añadió a su promesa mi persona;

añadidura inútil, aunque buena en parte, pues que soy su amparo y báculo. En fin: salimos mundos y desnudos a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo, habiéndose engullido el mar primero hasta una catalnica que traíamos, de habilidad tan rara, y tan discreta, que, si no era el hablar, no le faltaba otra cosa ninguna.

D. [ANTONIO]:

Bien, por cierto, la habéis encarecido; aunque yo pienso que catalnicas mudas valen poco.

TORRENTE:

Por señas nos decía todo cuanto quería que entendiésemos.

MUÑOZ:

¡Milagro!

TORRENTE:

De perlas, ¡qué de cajas arrojamos; tamañas como nueces, de buen tomo, blancas como la nieve aún no pisada!; de esmeraldas, las peñas como cubas, digo, como toneles, y aun más grandes; piedras bezares, pues dos grandes sacos; anís y cochinilla, fue sin número.

MUÑOZ:

Entre esas zarandajas, ¿por ventura fue bayeta al mar?

TORRENTE:

¡Y el sastre y todo!

MUÑOZ:

A malísimo viento va esta parva; no me cuadra ni esquina esta tormenta, puesto que viene bien para el embuste.

D. [ANTONIO]:

¿En qué paraje sucedió el naufragio?

TORRENTE:

Estaba yo durmiendo en aquel trance, y no pude del paje ver el rostro.

D. [ANTONIO]:

Paraje dije; pero no me espanto, que aun hasta aquí os conturba la borrasca, ni que en ella os durmiésedes; que el miedo tal vez suele causar sueño profundo.

TORRENTE:

No quiso mi señor, ni por semejas, de cuatro mil y más ofrecimientos que de darle dineros se le hicieron, recibir sino aquellos que bastasen a no pedir limosna en su viaje; pero no supo bien hacer la cuenta, porque ya casi todos son gastados.

MUÑOZ:

¡Válgate Satanás, qué bien lo enredas!

TORRENTE:

La primera estación fue a Guadalupe, y a la imagen de Illescas la segunda, y la tercera ha sido a la de Atocha; a hurto quiso verte, y esta tarde quiere partirse a Roma; agora queda en San Ginés hincado de hinojos, arrojando del pecho mil suspiros, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, pidiendo a Dios que le encamine y guíe en el viaje santo prometido.

Yo, señor, soy ternísimo de plantas, a quien callos durísimos enclavan, de tan largo camino procedidos; querría que se diese alguna traza de que por quince días descansásemos, para tomar aliento y refrigerio en el nuevo camino que se espera. Además, que también [él] es ternísimo, y podría el cansancio fatigalle, de modo que el camino con la vida se acabase en un punto: caso triste si tal viniese a ser, por el tremendo dolor que sentiría mi señora doña Ana de Briones, madre suya.

D. [ANTONIO]:

Vamos, que yo pondré remedio en todo.

TORRENTE:

No hay decir, señor, que yo te he visto,

porque me ha de matar si es que tal sabe.
¡Oh pecador de mí!, ¡Éste es que viene!
¡En la red me ha cogido! ¡Negativa,
señor; si no, yo muero!

D. [ANTONIO]: No hayas miedo.

[Sale] CARDENIO, como peregrino

Mi señor don Silvestre de Almendárez,
¿para qué es encubriros de quien tiene
tantas obligaciones de serviros?

CARDENIO: ¡Oh traidor, malnacido! Por Dios vivo,
que os engaña, señor, este embustero:
que yo no soy aqueste don Silvestre
que dices de Almendárez, sino un pobre
peregrino, y tan pobre.

TORRENTE: ¿Qué me miras?
Yo no le he dicho nada; y si lo he dicho,
digo que miento una y cien mil veces.

[Aparte, a Don ANTONIO]

(¡Vive Dios!, que es el mismo que te digo.
Apriétale, y conjúrale, y confiese.)

D. [ANTONIO]: ¡Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte
negarme esta verdad! ¿Qué importa venga[s]
rico o pobre a tu casa, que es la mía?

TORRENTE: ¡Eso es lo que yo digo, pesia al mundo!

D. [ANTONIO]: ¿Mandabas tú a los vientos, o pudiste
del proceloso mar las altas olas
sosegar algún tanto? ¿No es locura
hacer caso de honra los sucesos
varios de la fortuna, siempre inestable,
o, por mejor decir, del cielo firme?

TORRENTE: ¡Ea, señor, que ya pasa de raya
tan grande pertinacia! ¡Vive Roque,
señor, que es don Silvestre de Almendárez,
vuestro primo y cuñado, el peregrino,
y mi amo, que es más!

CARDENIO: Pues tú lo dices,
no quiero más negarlo, pues no importa.
Dadme, señor, las manos.

D. [ANTONIO]: Doy los brazos,
y el alma en su lugar, querido primo.

CARDENIO: Tomad los míos, que, entre aquestos brazos,
también os doy mi alma.

[A TORRENTE]

(En recompensa,
no te la cubrirá pelo, si puedo.)
TORRENTE: Que no temo amenazas mal nacidas,
porque esto es lo que importa a nuestro hecho.
MUÑOZ: ¿Y cómo?

D. [ANTONIO]: No hayáis miedo que se os toque
al pelo de la ropa por lo dicho.

TORRENTE: Mi señor es discreto, y verá presto
de cuán poca importancia era el silencio,
en semejante caso.

D. [ANTONIO]: Señor primo,
vamos a casa, y sepa vuestra esposa
vuestra buena venida y deseada.

CARDENIO: Siempre he de obedecer.

MUÑOZ: ¡Qué bien trazada
quimera! Si ella llega a colmo, espero
un Potosí de barras y dinero.

TORRENTE: ¿Qué os parece, Muñoz?
MUÑOZ: Que me parece
que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.
TORRENTE: ¡Y cómo que es verdad! Sin que le falte
un átomo, una tilde, una meaja.

[Vanse] don ANTONIO, CARDENIO y TORRENTE

MUÑOZ: Términos tienen estos socarrones
de hacerme a mí entender que la borrasca
y el alijo de ropa es verdadero.
Ahora bien: veremos lo que pasa,
que, una por una, los dos ya están en casa.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

LA ENTRETENIDA

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, LA ENTRETENIDA en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

Personas que hablan en ella:

- OCAÑA, lacayo
 - CRISTINA, fregona
 - Don ANTONIO
 - MARCELA, su hermana
 - Don FRANCISCO
 - CARDENIO
 - TORRENTE, su criado
 - MUÑOZ, escudero de Marcela
 - DOROTEA, [doncella de Marcela]
 - Don AMBROSIO
 - QUIÑONES, paje
 - ANASTASIO
 - MÚSICOS
 - Un BARBERO
 - Un ALGUACIL
 - [Un] CORCHETE
 - Don GIL, bastardo
 - CLAVIJO
 - Un CARTERO
 - Don Pedro Osorio, PADRE de [otra] Marcela
-

JORNADA PRIMERA

Sal en OCAÑA, lacayo, con un mandil y harnero, y CRISTINA, fregona

OCAÑA: Mi sora Cristina, denmos.
CRISTINA: ¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?
OCAÑA: Dar en dulce, no en huraña,
ni en tan amargos extremos.
CRISTINA: ¿Querría el sor que anduviese
de pa y vereda contino?
OCAÑA: No hay quien ande ese camino
que algún gusto no interese.
[CRISTINA]: Siempre la melancolía
fue de la muerte parienta,
y en la vida alegre asienta
el hablar de argentería.
Motes, cuentos, chistes, dichos,

pensamientos regalados,
muy buenos para pensados,
y mejores para dichos.

OCAÑA: Sé yo, Cristina, con quién
te burlas, y no es conmigo.

CRISTINA: ¿Sabe, Ocaña, qué le digo?

OCAÑA: ¿Qué dirás que me esté bien?

CRISTINA: Dígole que no malicie
con tan dañados intentos.

OCAÑA: Pues a fe que en estos cuentos
ando por la superficie;
que, si llegase hasta el centro,
¡oh, qué diría de cosas!

CRISTINA: Muchas, pero maliciosas.

OCAÑA: Sálenme mil al encuentro
del corazón a la lengua.

CRISTINA: No te pienso escuchar más.

OCAÑA: Vuelve, Cristina; ¿a dó vas?

CRISTINA: Es el escucharte mengua,
y enfádanme tus ruindades
y tus modos de decir.

OCAÑA: El que está para morir,
siempre suele hablar verdades.
Yo estoy muriendo, y confieso
que quieres bien a Quiñones.

CRISTINA: De tus malas intenciones
agora se vee el exceso;
agora se echa de ver
que eres loco y laca...

OCAÑA: Bueno;
pronuncia de lleno en lleno,
aunque el "yo" no es menester;
que el ser lacayo no ignoro,
sin rodeos y sin cifras.
Y mal tu venganza cifras
en no guardar el decoro
que debes a ser fregona
de las más lindas que vi,
entre Quiñones y mí,
ya cordera, y ya leona.

CRISTINA: ¿Soy, por ventura, mujer
que he de avasallarme a un paje?
¿O vengo yo de linaje
de tan bajo proceder?
¿No soy yo la que en mi flor,
por no querer ofendella,
presumo más de doncella,
que no el Cid de Campeador?
¿No soy yo de los Capoches
de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA: Con todo, te has de quedar,
Cristina...

CRISTINA: ¿A qué?

OCAÑA: A buenas noches,
Eres muy solicitada
y muy vista, y no está el toque
en que la flor no se toque,
si al serlo está aparejada.
Las flores en el campo están
sujetas a cualquier mano:
a las del bajo villano
y a las del alto galán,
al arado y al pie duro
del labrador que le guía;
pero la flor que se cría
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor

del que tocarla pretende.
La mujer ha de ser buena,
y parecerlo, que es más.
CRISTINA: Gran predicador estás;
mas tu doctrina condena
a tus lascivos intentos.

OCAÑA: Lavántasles testimonio:
que al blanco del matrimonio
asestan mis pensamientos.

CRISTINA: A mucho te has atrevido.
Muestra; aquí está la cebada.

Dale el harnero. [Vase] CRISTINA

OCAÑA: Toma el harnero, agraviada
deste que de ti lo ha sido.
¡Oh pajes, que sois halcones
destas duendas fregoniles,
de su salario alguaciles,
de sus vivares hurones!
Lleváisos la media nata
deste común beneficio;
dais en ella rienda al vicio,
sin hallar ninguna ingrata:
gozáis del justo botín
y de la limpia chinela,
y os reís del arandela
y del dorado chapín;
hacéis con modos süaves
burla que os cuesta barata
de aquellas lunas de plata
que van pisando las graves.
¡Qué presto Cristina vuelve
con la cebada y Quiñones!
¡Corazón, triste te pones!
¡La sangre se me revuelve
en ver a estos dos tan juntos,
tan domésticos y afables!

[Sale] CRISTINA, con la cebada, y QUIÑONES, el paje

CRISTINA: No le mires ni le hables.
Si le hablares, no sea en puntos
que te descubran celoso;
que hará mil suertes en ti.

QUIÑONES: Aunque mozo, nunca fui,
ni soy, ni seré medroso.

CRISTINA: Advierte que está delante.
Tome, galán, la cebada.

OCAÑA: ¿Bien medida?

CRISTINA: Y bien colmada.

OCAÑA: ¿Midióla mi so galante?

CRISTINA: No la midió sino el diablo,
que tu mala lengua atiza.

OCAÑA: Voyme a mi caballeriza,
por no ver este retablo
destas dos figuras juntas
que no se apartan jamás.

QUIÑONES: En tales malicias das,
que con una mil apuntas;
y que te engañas sé yo.

OCAÑA: Y también sé yo muy bien
que a los dos estará bien
el callar.

CRISTINA: Yo sé que no,

porque quien calla concede
 con el mal que dél se dice.
OCAÑA: Ninguno te dije o hice.
QUIÑONES: Ni él decir o hacerle puede.
OCAÑA: Por vida suya, que abaje
 el toldo; que, en mi conciencia,
 que hay muy poca diferencia
 entre un lacayo y un paje.
 La longura de un caballo
 puede medirla a compás,
 yo delante, y él detrás:
 andallo, mi vida, andallo.

[Vase] OCAÑA

CRISTINA: ¡Y que tú no tengas brío
 para responderle! Creo
 que he de recobrar mi empleo
 y volverme a lo que es mío.
QUIÑONES: ¿Qué tengo de responder?
 ¿Ciño espada? No la ciño.
 Y más, que es mengua si riño
 con...
CRISTINA: Quiñones, a placer:
 que es Ocaña hombre de bien,
 y espadachín además.

[Salen] don ANTONIO y su hermana MARCELA

D. [ANTONIO]: ¡Porfiada, hermana, estás!
 Quiero, mas no diré a quién.
 Tengo ausente mi alegría,
 sin saber adónde yace,
 y de aquesta ausencia nace
 toda mi malencolía.
 Hanla escondido, y no sé
 adónde, en cielo ni en tierra;
 muévenme los celos guerra,
 y dan alcance a mi fe,
 no porque la menoscaben:
 que, celos no averiguados,
 ministran a los cuidados
 materia porque no acaben;
 son la leña del gran fuego
 que en el alma enciende amor,
 viento con cuyo rigor
 se esparce o turba el sosiego.
QUIÑONES: Aún no han echado de ver
 que estamos aquí nosotros.
D. [ANTONIO]: Dejadnos aquí vosotros.
CRISTINA: Entra aquí el obedecer.

[Vanse] QUIÑONES y CRISTINA

MARCELA: ¿Siquiera no me dirás
 el nombre desa tu dama?
D. [ANTONIO]: Como te llamas, se llama.
MARCELA: ¿Como yo?
D. [ANTONIO]: Y aun tiene más:
 que se te parece mucho.
MARCELA: (¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto? [Aparte]
 ¿Si es amor éste de incesto?
 Con varias sospechas lucho).
 ¿Es hermosa?
D. [ANTONIO]: Como vos,

MARCELA: y está bien encarecido.
(El seso tiene perdido [Aparte]
mi hermano. ¡Válgale Dios!)

[Sale] Don FRANCISCO, amigo de Don ANTONIO

D. FRANCISCO: ¿Andan hinchadas las olas
del mar de tu pensamiento?

D. [ANTONIO]: Entraos en vuestro aposento;
dejadnos, hermana, a solas;
retiraos, hermana mía.

MARCELA: ¡Dios tus intentos mejore!

[Vase] MARCELA

D. [ANTONIO]: ¿Traéis desdichas que lllore,
o ya venturas que ría?

D. FRANCISCO: Promesas que se han cumplido
con dádivas, se han probado;
industrias se han intentado
del Sinón más entendido;
las diligencias que he hecho
frisan con las imposibles;
linceos ha habido invisibles,
y espías de trecho a trecho;
pero no puede mostrar
sagacidad o cautela
dónde han llevado a Marcela;
cosa que es para admirar.

Solamente se imagina
que una noche la sacó
su padre, y se la llevó;
pero adónde, no se atina.

D. [ANTONIO]: ¿Si podrá la astrología
judiciaria declarallo?

D. FRANCISCO: Yo no pienso interrogallo;
que tengo por fruslería
la ciencia, no en cuanto a ciencia,
sino en cuanto al usar della
el simple que se entra en ella
sin estudio ni experiencia.

Si acaso Marcela fuera
alguna joya perdida,
yo buscara otra salida,
que buena en esto la diera.
Santos hay auxiliadores
veinte, o más, o no sé cuántos;
pero no querrán los santos
curarnos de mal de amores.

A la justa petición
siempre favorece el Cielo.

D. [ANTONIO]: Pues, ¿no es muy justo mi celo?
¿No está muy puesto en razón?

¿Busco yo a Marcela acaso
sino para ser mi esposa?
¿Della pretendo otra cosa?

D. FRANCISCO: O vámonos, o habla paso:
que no sabes quién te escucha.

D. [ANTONIO]: Vamos, amigo, y advierte
que fío mi vida y muerte
de tu discreción, que es mucha.

[Vanse] Don ANTONIO y Don FRANCISCO. Entran CARDENIO, con
manteo
y sotana, y tras él TORRENTE, capigorrón, comiendo un membrillo
o cosa que se le parezca

CARDENIO: Vuela mi estrecha y débil esperanza
con flacas alas, y, aunque sube el vuelo
a la alta cumbre del hermoso cielo,
jamás el punto que pretende alcanza.
Yo vengo a ser perfecta semejanza
de aquel mancebo que de Creta el suelo
dejó, y, contrario de su padre al cielo,
a la región del cielo se abalanza.
Caerán mis atrevidos pensamientos,
del amoroso incendio derretidos,
en el mar del temor turbado y frío;
pero no llevarán cursos violentos,
del tiempo y de la muerte prevenidos,
al lugar del olvido el nombre mío.

TORRENTE: ¿Comes? Buena pro te haga;
la misma hambre te tome.
No puede decir que come
el que masca y no lo traga.
No se me vaya a la mano,
que ésta, si acaso es culpa,
ser me sirve de disculpa
el membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
y mil veces referillo:
espada, mujer, membrillo,
a toda ley, de Toledo.

CARDENIO: Las acciones naturales
son forzosas, y el comer,
una dellas viene a ser,
y de las más principales;
y esto aquí de molde viene,
y es una advertencia llana:
come el rico cuando ha gana,
y el pobre, cuando lo tiene.

TORRENTE: Con todo, me darás gusto
de que en la calle no comas.
Si estas niñerías tomas
por deshonra o por disgusto,
yo me aturaré la boca
con cal y arena a pisón.

CARDENIO: Sé que tienes discreción.

TORRENTE: ¡Y golosina no poca!

CARDENIO: Sabes lo que nunca supo
el diablo.

TORRENTE: Y aun soy peor.

CARDENIO: ¿Vuelves a comer, traidor?

TORRENTE: Ya no como, sino chupo.

[Sale] MUÑOZ, escudero de MARCELA

CARDENIO: Pero ves dónde parece
tu Santelmo.
Así es verdad,
puesto que mi tempestad
nunca mengua y siempre crece.

MUÑOZ: En estas benditas manos
tengo mi remedio puesto.
Vos veréis cómo echo el resto
en daros consejos sanos.

Advertid, hijo, que son
las canas el fundamento
y la basa a do hace asiento
la agudeza y discreción.
En la mucha edad se muestra

que asiste toda advertencia
 porque tiene a la experiencia
 por consejera y maestra;
 y estas canas no han nacido
 en aqueste rostro acaso.

CARDENIO: Hablad, señor Muñoz, paso,
 que ya os tengo conocido,
 y sé que sabéis cortar,
 colgado del aire, un pelo.

MUÑOZ: Así me ayude a mí el cielo
 como os pienso de ayudar;
 porque el premio es el que aviva
 al más torpe ingenio y rudo.

CARDENIO: Si es premio este pobre escudo,
 vuestra merced le reciba
 con aquella voluntad
 sana con que yo le ofrezco.

MUÑOZ: ¡Oh señor, que no merezco
 tanta liberalidad!

TORRENTE: Tomóle, besóle y dióle
 quizá perpetua clausura;
 del oro la color pura
 sin duda que enamoróle,
 porque tiene una virtud
 de alegrar el corazón,
 y la avara condición
 vive con la senetud.
 Pero, ¿a qué pecho no doma
 la hambre del oro?

MUÑOZ: Escucha,
 y con advertencia mucha,
 hijo, este consejo toma.
 De Marcela no hay pensar
 que es de tan tiernos aceros,
 que la han de ablandar terceros,
 ni rogar, ni porfiar,
 ni lágrimas, ni suspiros,
 ni voluntad verdadera:
 que son con ella de cera
 de amor los más fuertes tiros.
 A las olas que se atreven
 a embestirla por amar,
 se muestra roca en la mar,
 que la tocan y no mueven.
 Esto con Marcela pasa.

CARDENIO: No me acobardes y espantes.

TORRENTE: ¡Oh, cuántos destos diamantes
 he visto volver de masa!
 ¡Cuántas he visto rendidas
 a un billete trasnochado!
 ¡Cuántas, sin darlas, han dado
 de ganadas en perdidas!
 ¡Cuántas siguen sus antojos
 en mitad de su recato!
 ¡Cuántas en el dulce trato
 tropiezan, y aun dan de ojos!

MUÑOZ: Pues ni Marcela tropieza
 ni cae.

TORRENTE: ¡Gran milagro!

CARDENIO: Calla;
 que es extremo que se halla
 hoy en la naturaleza,
 y el señor Muñoz bien sabe
 lo que dice.

MUÑOZ: Yo estoy cierto
 que, aún más bien del que os advierto,
 todo en mi señora cabe.
 Pero vengamos al punto
 de lo que quiero decir.

CARDENIO: Hasta acabarle de oír,
estoy, Torrente, difunto.

MUÑOZ: Es el caso que está en Lima
un hermano de su padre
de Marcela, caballero
de ilustre y claro linaje.
De los bienes de fortuna
dicen que le cupo parte
tanta, que, entre los más ricos,
suelen por rico nombrarle.
Tiene un hijo que se llama
don Silvestre de Almendárez,
el cual con doña Marcela,
aunque prima, ha de casarse.
Cada flota le esperamos;
mas, si en esta que se sabe
que ha llegado a salvamento
no viene, echado ha buen lance.
Fíngete tú don Silvestre,
que yo te daré bastantes
relaciones con que muestres
ser él mismo; y serán tales,
que, por más que te pregunten,
podrás responder con arte,
que, acreditando el engaño,
tus mentiras sean verdades.
Aposentarán en casa,
harán gasajos grandes,
y tú dentro, una por una,
podrás ver cómo te vales.

CARDENIO: Está bien; pero si acaso
en aquesta flota traen
cartas dese don Silvestre,
y de que no viene saben,
yo dentro en casa, ¿qué haré?
¿Cómo podrá acreditarse
tan conocida mentira
para que pase adelante?

MUÑOZ: Dirás que, después de escritas
y dadas, quiso tu madre
que te vinieses a España,
aunque a hurto de tu padre;
que ella, deseando verse
con nietos en quien dilate
su nombre y posteridad,
no quiso que más tardases.
Y este venirme a escondidas
podrá, señor, escusarte
de no venir con riquezas
que el ser quien eres señalen;
mas no dejes de traer
algunas piedras bezares,
y algunas sartas de perlas,
y papagayos que hablen.

CARDENIO: En eso yo daré trazas
que dese aprieto me saquen,
y tales, que satisfagan.

TORRENTE: Todo aquesto es disparate.

CARDENIO: La memoria sea cumplida,
y los puntos importantes
que en este nuevo edificio
han de ser fundamentales,
vengan especificados,
de modo que me declaren
por el mismo don Silvestre.

MUÑOZ: Ven por ellos esta tarde.

CARDENIO: Volverá este mi criado.

TORRENTE: Volveré, si a Dios le place;

MUÑOZ: que, sin su ayuda, no puedo,
ni estornudar, ni mudarme.
Señor, si acaso, si a dicha,
si por buena suerte traes
otro escudillo, bien puedes
con liberal mano darle:
que es invierno, y no hay bayeta,
y no será bien que pase
frío el que al incendio tuyo
procura refrigerarle.

CARDENIO: No le traigo, en mi conciencia;
pero yo haré que se os saque
un vestido de bayeta,
y a mi cuenta le hará el sastre.

MUÑOZ: Venderéle, ¡vive Roque!
No consentiré se ensanche
Marcela con mis trofeos,
que cuestan gotas de sangre.
Vístame la que quisiere
que polido la acompañe:
que gastar yo mi bayeta
en servicio ajeno, ¡tate!
Y voyme, porque conviene
que la memoria se estampe
que fortifique este embuste.
Y a Dios quedéis.

CARDENIO: Él os guarde.

MUÑOZ: Mire que no se le olvide
lo de la bayeta y sastre:
que en este punto consisten
sus gustos o sus pesares.

[Vase] MUÑOZ

CARDENIO: ¡Gran principio a mi quimera!
TORRENTE: Llámala, señor, dislate;
torre fundada en palillos,
como casica de naipes.
Dime: ¿dónde están las perlas?
¿Dónde las piedras bezares?
¿Adónde las catalnicas
o los papagayos grandes?
¿Dónde la práctica de Indias,
de los puertos y los mares
que se toman y navegan?
¿Dónde la bayeta y sastre?
Si quieres que tus negocios
en felice punto paren,
lleva, y esto te aconsejo,
siempre la verdad delante.
Capigorrista soy tuyo,
y como padezco hambre,
tengo sutil el ingenio,
y en dar consejos soy sacre.

CARDENIO: Yo me remito a la lista
de Muñoz; tú no desmayes,
que en las empresas de amor,
tal vez se ha visto que valen
el ingenio y la ventura
más que las riquezas grandes.

TORRENTE: Deste laberinto, el cielo
con las narices nos saque.

[Vanse. Salen] MARCELA y DOROTEA, su doncella

DOROTEA: Dime, señora: ¿qué muestra

te ha dado tu hermano [t]al,
que sea indicio y señal
de alguna intención siniestra?

No puedo darme a entender
que te ama viciosamente,
aunque es caso contingente.

MARCELA:

¡Y cómo si puede ser!

¿Ya no se sabe que Amón
amó a su hermana Tamar?

¿Y no nos vienen a dar

Mirra y su padre ocasión

de temer estos incestos?

DOROTEA:

Con todo, señora, creo

que encamina su deseo

por términos más compuestos,

y esto tengo por verdad.

MARCELA:

Mi querida Dorotea,

plega al Cielo que así sea;

Él rija su voluntad.

De contino trae en la boca

mi nombre, a hurto me mira,

gime a solas y suspira,

las manos me besa y toca;

y da por disculpa desto,

que me parezco a su dama,

que de mi nombre se llama.

DOROTEA:

¿Hase, a dicha, descompuesto

a hacer más de lo que dices?

MARCELA:

No, por cierto; ni querría.

DOROTEA:

Pues desto, señora mía,

no es bien que te escandalices;

pues podrá ser que su dama

se llame, señora, así,

y que se parezca a ti,

si de hermosa tiene fama.

[Sale] Don ANTONIO, hermano de MARCELA

MARCELA:

Mira do viene suspenso;

tanto, que no echa de ver

que aquí estamos. De su ser

que está trastrocado pienso.

Escuchémosle, y advierte

cómo de Marcela trata.

D. [ANTONIO]:

Es tu ausencia la que mata;

no el desdén, aunque es tan fuerte.

¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!

¡Cuán lejos debió estar de conocerte

el que al furor de la invencible muerte

igualó tu poder y tu violencia!

Que, cuando con mayor rigor sentencia,

¿qué puede más su limitada suerte

que deshacer la liga y nudo fuerte

que a cuerpo y alma tiene inconveniencia?

Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,

pues un espíritu en dos mitades parte.

¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!

Que, del lugar de do mi alma parte,

dejando su mitad con quien la enciende,

consigo traiga la más frágil parte.

¡Oh Marcela fugitiva

y sorda al lamento mío!

¿Cómo quiere tu desvío

que ausente muriendo viva?

¿Dónde te escondes? ¿Qué clima,

inhabitable te encierra?
¿Cómo a tu paz no da guerra
el dolor que me lastima?
¡Téngote siempre delante,
y no te puedo alcanzar!

MARCELA:

Para temer y pensar,
¿esto no es causa bastante?

DOROTEA:

Sí, por cierto. Nunca estés
sola, si fuere posible;
de que aspire a lo imposible,
jamás ocasión le des;
rompase en tu honestidad,
en tu advertencia y recato,
la fuerza de su mal trato,
que nace de ociosidad.

Y vámonos, no nos vea;
dé a solas rienda a su intento.

MARCELA:

Yo estoy en tu pensamiento,
que es muy bueno, Dorotea.

*[Vanse] MARCELA y DOROTEA. Sale OCAÑA, de lacayo, con una
varilla de membrillo y unos anteojos de caballo en la mano,
y pónese atento a escuchar a su amo*

D. [ANTONIO]:

Amor, que lo imposible facilitas
con poderosa fuerza blandamente,
allanando las cumbres:
¿por qué las nubes de mi sol no quitas?
¿Por qué no muestras por algún Oriente
las dos hermosas cumbres
que dan rayos al sol, luz a tus ojos,
por quien te rinde el mundo sus despojos?

OCAÑA:

¿Qué quieres, Ocaña?
Quiero
herrar el bayo, señor,
y no acierta el herrador
a herralle si no hay dinero.
Débense cuatro herraduras
y un brebajo; mira, pues,
si andarán aquellos pies,
siendo tus manos tan duras.

Y vengo por seis raciones
que me deben: que amohína
ver que sobren a Cristina
y resobren a Quiñones,
y que falten para mí,
que sirvo mejor que todos,
de tres y de cuatro modos.

D. [ANTONIO]:

Confieso que ello es así,
Ocaña amigo, y sabed
que todo se os pagará.
Y andad con Dios.

OCAÑA:

Siempre está
conmigo vuestra merced
riguroso por el cabo.

D. [ANTONIO]:

¿En qué modo?

OCAÑA:

¿Yo no veo
que, cual si fuera guineo,
bezudo y bozal esclavo,
apenas entro en la sala
por alguna niñería,
cuando cualquiera me envía,
si no en buena, en hora mala?
A nadie se le trasluce,
por más que yo lo procuro,
el ingenio lucio y puro

que en este lacayo luce.
Anda conmigo al revés
fortuna poco discreta:
que, si tú fueras poeta,
quizá fuera yo marqués,
o, por lo menos, ya fuera,
tu consejero y privado;
pero de mi corto hado
tamaño bien no se espera.
Hay poetas tan divinos,
de poder tan singular,
que puedan títulos dar
como condes palatinos;
y aun, si lo toman despacio,
en tiempo y caso oportuno,
no habrá lacayo ninguno
que no casen en palacio
con doncellas de la reina,
de valor único y solo:
que, por la gracia de Apolo,
esta gracia en ellos reina.
Pero yo nací, sin duda,
para la caballeriza,
haciendo en mis dichas riza
mi suerte, que no se muda.
El discreto es concordancia
que engendra la habilidad;
el necio, disparidad
que no hace consonancia.
Del cuerpo por los sentidos
obra el alma, y, cuales son,
o muestra su perfección,
o términos abatidos.
De aquesto quiero inferir
que tan sutil cuerpo tengo,
que en un instante prevengo
lo que he de hacer y decir.
Lacayo soy, Dios mediante;
pero lacayo discreto,
y, a pocos lances, prometo
ser para marqués bastante,
como aquel de Marinán,
de di nare, e pi ù di nare,
si la suerte no estorbare
este bien que no me dan.

D. [ANTONIO]: ¡Alto! Vos habéis hablado
de modo que me obligáis
a que de humilde subáis
a más eminente estado,
siendo al primero escalón
servirme de consejero;
y así, amigo Ocaña, quiero
mostraros mi corazón,
para que, viendo patentes
las ansias que en él se anidan,
ellas a tu ingenio pidan
los remedios suficientes:
que tal vez una dolencia
casi incurable la sana
de una vejezuela cana
una fácil experiencia.

OCAÑA: Dime tu mal, mi señor,
y verás cómo en tantico
tantos remedios aplico,
que sanes con el menor.
Y si, por ventura, es
el ciego el que te atormenta,
puedes, señor, hacer cuenta

de que ya sano te ves,
 porque no se ha de tomar
 conmigo el dios ceguezuelo.
D. [ANTONIO]: Que no estás en ti recelo.
OCAÑA: ¿Pues en quién había de estar?
 Que, a no tomarme del vino,
 por costumbre o por conhorto,
 no hubiera en toda la corte
 otro Catón Censorino
 como yo.

D. [ANTONIO]: Ya desvarías.
Vuélvete, Ocaña, a tu establo.

[Vase] Don ANTONIO

OCAÑA: Aunque más sentencias hablo
y elevadas fantasías,
 se me trasluce y figura,
 conjeturo, pienso y hallo,
 [-alloy]
 ha de ser mi sepultura.
 Y está muy puesto en razón:
 que, el que quiere porfiar
 contra su estrella, ha de dar
 coces contra el aguijón.
 Cristinica estará agora
 en la plaza; allá me impele
 aquella fuerza que suele,
 que dentro del alma mora.
 Búscola como a mi centro,
 y, si la encontrase yo,
 nunca jugador echó
 tan rico y gustoso encuentro.
 Deste gusto no me prive
 Amor, que en mi ayuda llamo,
 y siquiera, con mi amo,
 ni más medre ni más prive.

*[Vase] OCAÑA. Salen Don AMBROSIO, caballero, y CRISTINA,
con un billete en la mano*

CRISTINA: Hasta ponerle yo en parte
donde le vea, harélo;
pero en lo demás recelo
que no podré contentarte.

D. AMBROSIO: Haz, amiga, que le lea:
que en sólo aquesto consiste
la alegría deste triste.

CRISTINA: Digo que haré que le vea.
 Quizá, por curiosidad,
 querrá leerle Marcela:
 que se ha de usar de cautela
 con su mucha honestidad.
 No desplegaré la boca
 para decirla palabra:
 que en sus entrañas no labra
 fuerza de amor, mucha o poca.

D. AMBROSIO: ¿Regálala, por ventura,
don Antonio?

CRISTINA: Como a hermana.

D. AMBROSIO: De ser su intención tan sana,
no sé yo quién lo asegura.
 ¡Oh padre mal advertido!

CRISTINA: No le tiene.

D. AMBROSIO: Sí le tiene;
pero a mí no me conviene

el darme por entendido.

De las cosas que sospecho
y de las que son tan graves,
tenga la lengua las llaves,
y no las arroje el pecho.

CRISTINA: Vete, señor, que allí asoma
un paje de casa.

D. AMBROSIO: Amiga,
por tu industria y tu fatiga,
este pobre premio toma.

Y prométete de mí
montes de oro, que bien puedes.

CRISTINA: La menor de tus mercedes
suele ser un Potosí.

*Dale una cajita pintada. Vase AMBROSIO, y entra
QUIÑONES*

QUIÑONES: ¿Quién era, Cristina, el lindo
que con tanta sumisión
debió encajar su razón?

"Tuyo soy, y a ti me rindo."

¡Vive el Dador de los cielos,
que es la fregona bonita!
Ordena, manda, pon, quita;
ta, ta, también pide celos.

CRISTINA: El so paje, por su entono,
que primero se tarace
la lengua, que otra vez trace
palabras, y no en mi abono.

¿Hásenos vuelto otro Ocaña?
¡Celos y más celos!

QUIÑONES: Calle,
y advierta que está en la calle.

CRISTINA: ¡Ay! Por mi fe, que se ensaña
el mancebito frión.

QUIÑONES: Cristina, menos gallarda;
que esa gallardía aguarda...

CRISTINA: ¿Qué, mi rufo?

QUIÑONES: Un bofetón.

CRISTINA: ¿En mi cara?

QUIÑONES: En la del cura
le diera, a venir a mano.

CRISTINA: ¿Y que alzarás tú la mano
contra tanta hermosura
como pusieron los cielos
en mis mejillas rosadas?

QUIÑONES: Siempre son desatinadas
las venganzas de los celos.

Ocaña es éste. Camina,
y escóndete entre la gente.

*[Vanse] QUIÑONES y CRISTINA, y sale
OCAÑA*

OCAÑA: Partió mi sol de su Oriente,
y al ocaso se encamina,
y tras sí lleva la sombra
que le sirve de arrebol.
Para mí no es este sol,
sino niebla que me asombra.

Plega a Dios, humilde paje,
asombro de mi esperanza,
que ni valgas por privanza,
ni te estimen por linaje;
sirvas a un catar[r]libera,

que te dé corta ración;
sea tu estado un bodegón;
no te dé luto, aunque muera;
y cuando el cielo te adiestre
a servir a un titulado,
tu enemigo declarado
el maestresala se muestre.

De las hachas no te valgas,
ni de relieves veas gozo,
y nunca te salga el bozo,
porque de paje no salgas.

Póngante infames renombres;
juegues; pierdas la ración,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hombres.

[Vase] OCAÑA. Sal e MUÑOZ

MUÑOZ: Despierto y durmiendo, estoy
pensando siempre y soñando
cuándo ha de llegar el cuándo
mude el pellejo en que estoy;
cuándo querrá aquel planeta
que sobre mí predomina,
que remedien mi rüina
el gran sastre y la bayeta.

Diles la memoria, y diles,
previniendo mil barruntos,
de los más sutiles puntos
las respuestas más sutiles;
pero, con todo, me pesa
de haberme empeñado así,
porque tengo para mí
ser de peligro la empresa.

[Sal en] Don ANTONIO y TORRENTE en hábito de
peregrino

D. [ANTONIO]: Mucho más es melindre que advertencia,
y hase tenido confianza poca
de quien yo soy. Por Dios, que estoy corrido.
MUÑOZ: ¡Válgate el diablo! ¿Qué disfraz es éste?
Esto no puse yo en la lista.

TORRENTE: Digo
que el señor don Silvestre de Almendárez
no pudo más. El caso fue forzoso,
y la borrasca tal, que nos convino
alijar el navío, y echar cuanto
en su anchísimo vientre recogía
al mar, que se sorbió como dos huevos
catorce mil tejuelos de oro puro.
Al cielo las promesas y oraciones
volaban más espesas que las nubes,
que la cara del sol cubrían entonces;
entre las cuales oraciones, una
envió don Silvestre al sumo alcázar
con tan vivos y tiernos sentimientos,
que penetró los cascos de los cielos.
Conteníase en ella que de Roma
aquello que se llama Siete Iglesias
andaría descalzo peregrino,
si Dios de aquel peligro le sacaba.
Añadió a su promesa mi persona;
añadidura inútil, aunque buena
en parte, pues que soy su amparo y báculo.
En fin: salimos mundos y desnudos

a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo, habiéndose engullido el mar primero hasta una catalnica que traíamos, de habilidad tan rara, y tan discreta, que, si no era el hablar, no le faltaba otra cosa ninguna.

D. [ANTONIO]:

Bien, por cierto, la habéis encarecido; aunque yo pienso que catalnicas mudas valen poco.

TORRENTE:

Por señas nos decía todo cuanto quería que entendiésemos.

MUÑOZ:

¡Milagro!

TORRENTE:

De perlas, ¡qué de cajas arrojamos; tamañas como nueces, de buen tomo, blancas como la nieve aún no pisada!; de esmeraldas, las peñas como cubas, digo, como toneles, y aun más grandes; piedras bezares, pues dos grandes sacos; anís y cochinilla, fue sin número.

MUÑOZ:

Entre esas zarandajas, ¿por ventura fue bayeta al mar?

TORRENTE:

¡Y el sastre y todo!

MUÑOZ:

A malísimo viento va esta parva; no me cuadra ni esquina esta tormenta, puesto que viene bien para el embuste.

D. [ANTONIO]:

¿En qué paraje sucedió el naufragio?

TORRENTE:

Estaba yo durmiendo en aquel trance, y no pude del paje ver el rostro.

D. [ANTONIO]:

Paraje dije; pero no me espanto, que aun hasta aquí os conturba la borrasca, ni que en ella os durmiédes; que el miedo tal vez suele causar sueño profundo.

TORRENTE:

No quiso mi señor, ni por semejas, de cuatro mil y más ofrecimientos que de darle dineros se le hicieron, recibir sino aquellos que bastasen a no pedir limosna en su viaje; pero no supo bien hacer la cuenta, porque ya casi todos son gastados.

MUÑOZ:

¡Válgate Satanás, qué bien lo enredas!

TORRENTE:

La primera estación fue a Guadalupe, y a la imagen de Illescas la segunda, y la tercera ha sido a la de Atocha; a hurto quiso verte, y esta tarde quiere partirse a Roma; agora queda en San Ginés hincado de hinojos, arrojando del pecho mil suspiros, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, pidiendo a Dios que le encamine y guíe en el viaje santo prometido.

Yo, señor, soy ternísimo de plantas, a quien callos durísimos enclavan, de tan largo camino procedidos; querría que se diese alguna traza de que por quince días descansásemos, para tomar aliento y refrigerio en el nuevo camino que se espera. Además, que también [él] es ternísimo, y podría el cansancio fatigalle, de modo que el camino con la vida se acabase en un punto: caso triste si tal viniese a ser, por el tremendo dolor que sentiría mi señora doña Ana de Briones, madre suya.

D. [ANTONIO]:

Vamos, que yo pondré remedio en todo.

TORRENTE:

No hay decir, señor, que yo te he visto, porque me ha de matar si es que tal sabe.

¡Oh pecador de mí!, ¡Éste es que viene!

¡En la red me ha cogido! ¡Negativa,

D. [ANTONIO]: señor; si no, yo muero!
 No hayas miedo.

[Sale] CARDENIO, como peregrino

CARDENIO: Mi señor don Silvestre de Almendárez,
 ¿para qué es encubriros de quien tiene
 tantas obligaciones de serviros?
 ¡Oh traidor, malnacido! Por Dios vivo,
 que os engaña, señor, este embustero:
 que yo no soy aqueso don Silvestre
 que dices de Almendárez, sino un pobre
 peregrino, y tan pobre.

TORRENTE: ¿Qué me miras?
 Yo no le he dicho nada; y si lo he dicho,
 digo que miento una y cien mil veces.

[Aparte, a Don ANTONIO]

D. [ANTONIO]: (¡Vive Dios!, que es el mismo que te digo.
 Apriétale, y conjúrale, y confiese.)
 ¡Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte
 negarme esta verdad! ¿Qué importa venga[s]
 rico o pobre a tu casa, que es la mía?

TORRENTE: ¡Eso es lo que yo digo, pesia al mundo!

D. [ANTONIO]: ¿Mandabas tú a los vientos, o pudiste
 del proceloso mar las altas olas
 sosegar algún tanto? ¿No es locura
 hacer caso de honra los sucesos
 varios de la fortuna, siempre instable,
 o, por mejor decir, del cielo firme?

TORRENTE: ¡Ea, señor, que ya pasa de raya
 tan grande pertinacia! ¡Vive Roque,
 señor, que es don Silvestre de Almendárez,
 vuestro primo y cuñado, el peregrino,
 y mi amo, que es más!

CARDENIO: Pues tú lo dices,
 no quiero más negarlo, pues no importa.
 Dadme, señor, las manos.

D. [ANTONIO]: Doy los brazos,
 y el alma en su lugar, querido primo.

CARDENIO: Tomad los míos, que, entre aquestos brazos,
 también os doy mi alma.

[A TORRENTE]

TORRENTE: (En recompensa,
 no te la cubrirá pelo, si puedo.)
 Que no temo amenazas mal nacidas,
 porque esto es lo que importa a nuestro hecho.
 ¿Y cómo?

MUÑOZ: No hayáis miedo que se os toque
 al pelo de la ropa por lo dicho.

TORRENTE: Mi señor es discreto, y verá presto
 de cuán poca importancia era el silencio,
 en semejante caso.

D. [ANTONIO]: Señor primo,
 vamos a casa, y sepa vuestra esposa
 vuestra buena venida y deseada.

CARDENIO: Siempre he de obedecer.
 ¡Qué bien trazada
 quimera! Si ella llega a colmo, espero
 un Potosí de barras y dinero.

TORRENTE: ¿Qué os parece, Muñoz?

MUÑOZ: Que me parece
 que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.

TORRENTE: ¡Y cómo que es verdad! Sin que le falte
un átomo, una tilde, una meaja.

[Vanse] don ANTONIO, CARDENIO y TORRENTE

MUÑOZ: Términos tienen estos socarrones
de hacerme a mí entender que la borrasca
y el alijo de ropa es verdadero.
Ahora bien: veremos lo que pasa,
que, una por una, los dos ya están en casa.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

TERCERA JORNADA

[Sale] Don ANTONIO

D. [ANTONIO]: En la sazón del erizado invierno,
desnudo el árbol de su flor y fruto,
cambia en un pardo desabrido luto
las esmeraldas del vestido tierno.
Mas, aunque vuela el tiempo casi eterno,
vuelve a cobrar el general tributo,
y al árbol seco, y de su humor enjuto,
halla con muestras de verdor interno.
Torna el pasado tiempo al mismo instante
y punto que pasó; que no lo arrasa
todo, pues tiemplan su rigor los cielos.
Pero no le sucede así al amante,
que habrá de perecer si una vez pasa
por él la infernal rabia de los celos.

[Sale] Don FRANCISCO

D. FRANCISCO: Siempre han de herir los vientos,
amigo, en cualquier sazón
los ayes de tu pasión,
los ecos de tus lamentos.

D. [ANTONIO]: Si acaso quiero entonar
alguna voz de alegría,
siento que la lengua mía
se me pega al paladar.
A mi angustia, a mi dolencia
no dan alivio los cielos:
que no le tienen los celos,
ni le consiente la ausencia.

D. FRANCISCO: No hay extremo sin su medio,
ni es eterna humana suerte:
sólo no tiene la muerte
en la vida algún remedio.

Naturaleza compuso
la suerte de los mortales
entre bienes y entre males,
como nos lo muestra el uso.

Esta verdad sé bien yo,
sin que en probarla porfíe:
ayer lloraba el que hoy ríe,
y hoy llora el que ayer rió.

D. [ANTONIO]: ¡Oh, qué filósofo vienes,
don Francisco!

D. FRANCISCO: Yo confieso
que lo soy por el progreso
de tus males y tus bienes.

D. [ANTONIO]: Dame los brazos y albricias.
Los brazos veslos aquí,
y las albricias de mí
llevarás, si las codicias;
pero yo no sé de qué
me las pides.

D. FRANCISCO: Yo las pido
de que el Amor ha entendido
los quilates de tu fe,
y te la quiero premiar
con entregarte a Marcela.

D. [ANTONIO]: Sé que es burla, y llevaréla
con tu gusto y mi pesar;
pero no sé qué te mueve
a hacer burla de un amigo
tal como yo.

D. FRANCISCO: Verdad digo,
y escucha, que seré breve.

D. [ANTONIO]: Su padre de Marcela...
¡Oh nombres cordialísimos
de Marcela y su padre!

D. FRANCISCO: Escucha: no seas tonto.

D. [ANTONIO]: Escucho y soylo.

D. FRANCISCO: Es[t]a mañana, estando
en misa en San Jerónimo,
al salir de la iglesia
me tomó por la mano.

D. ANTONIO: ¡Oh dulce toque!

D. FRANCISCO: ¿Qué toque dulce puede
dar la mano de un viejo?
Traslúceseme, amigo,
que así estáis vos en vos, como en el cuento.

D. [ANTONIO]: Luego, ¿no fue Marcela
la que os tocó la mano?

D. FRANCISCO: Que no, sino su padre.

D. ANTONIO: No entendí bien. Seguid, que estoy suspenso.

D. FRANCISCO: Las pacíficas plantas
de las olivas verdes
fueron testigos ciertos
destas palabras que deciros quiero.

D. [ANTONIO]: ¡Oh santísimos orbes
de todas las esferas,
a quien inteligencias
supernas rigen, mueven y gobiernan!
Haced que estas razones
en mi provecho sean;
lleguen a mis oídos,
siquiera esta vez sola, alegres nuevas.

D. FRANCISCO: ¡Por vida juro! ¡Muérdome
la lengua! ¡Voto a Chito,
que estoy por...! ¡Lleve el diablo
a cuantos alfeñiques hay amantes!
¡Que un hombre con sus barbas,
y con su espada al lado,
que puede alzar en peso
un tercio de once arrobas de sardinas,
llore, gima y se muestre
más manso y más humilde
que un santo capuchino
al desdén que le da su carilinda...!

D. [ANTONIO]: Paréntesis es éste
que se lleva colgada
de cada razón suya
mi alma aquí y allí.

D. FRANCISCO: Pues otro queda.
Pidióle a una fregona
un amante alcorzado
le diese de su ama
un palillo de dientes, y ofrecióle
por él cuatro doblones;
y la muchacha boba
trújole de su amo,
que era viejo y sin muelas, el palillo.
Él dio lo prometido,
y, engastándole en oro,
se lo colgó del cuello,
cual si fuera reliquia de algún santo.
Gemía ante él de hinojos,
y al palo seco y suyo

plegarias enviaba
que en su empresa dudosa le ayudase.
¿Y el otro presumido,
que va a las embusteras
del cedacillo y habas,
y da crédito firme a disparates?
¡Cuerpo del mundo todo!
Descubra el hombre siempre
tal valor y tal brío,
que le muestren varón a todo trance.
No se ande con esferas,
con globos y con máquinas
de inteligencias puras;
atienda, espere, escuche, advierta y mire,
o lo que en daño suyo,
o en su pro, sus amigos
quisieren descubrirle.

D. [ANTONIO]: Atiendo, espero, escucho, advierto y miro.

D. FRANCISCO: Digo, pues, que don Pedro,
el padre de Marcela,
me dijo estas palabras...

D. [ANTONIO]: ¿Es mucho que te diga que apresures
la comenzada plática,
de cuyo fin depende
o mi vida o mi muerte?

D. FRANCISCO: Díjome, en fin...

D. [ANTONIO]: ¡Primero vendrá el mío!

D. FRANCISCO: ¡Colérico, enfadoso
está!

D. [ANTONIO]: ¡Cuerpo del mundo!
Acaba, don Francisco,
que está pendiente el alma de tu boca.

D. FRANCISCO: Dijo que yo sea parte,
como que él nada entiende,
que a Marcela, su hija,
se la demandes por mujer.

D. [ANTONIO]: ¿Qué escucho?
¿Búrlaste, amigo, o quieres
con falsas esperanzas
entretener las mías?

D. FRANCISCO: No burlo, juro a Dios: verdad te digo.

D. [ANTONIO]: Dame esos pies.

D. FRANCISCO: Levanta.

D. [ANTONIO]: Y pídemme en albricias
el alma, y te la diera,
si ya a Marcela dado no la hubiera.
Mas dime, dulce amigo:
¿tocaste, por ventura,
el cuerpo de don Pedro?
¿Viste si era fantasma o no?

D. FRANCISCO: Perdido
estás desca cabeza.

D. [ANTONIO]: ¿Que era don Pedro Osorio,
el padre de Marcela?

D. FRANCISCO: El mismo.

D. [ANTONIO]: ¡El mismo!

D. FRANCISCO: El mismo. ¿Qué es aquesto?

D. [ANTONIO]: A tanta desventura
está el corazón hecho,
que no puede dar crédito
a las dichosas nuevas que le intimas;
pero habrá de creerte,
en fe que tú las dices:
que el buen amigo vemos
que es pedazo del alma de su amigo.

D. FRANCISCO: Busca a don Pedro Osorio,
y pídele a su hija
por legítima esposa.

D. ANTONIO: ¿Dónde la tiene?

D. FRANCISCO: En Santa Cruz la tiene:
un monesterio santo,
que está puesto muy cerca
de Torrejón y Cubas,
orden del rico capitán de pobres.
D. [ANTONIO]: ¿Qué le movió llevarla
a tanto encerramiento?
D. FRANCISCO: No me metí en dibujos,
no le pregunté nada; sólo estuve
atento a su demanda,
y, con la ligereza
posible, vine a darte
la dulce que has oído alegre nueva.

[Salen] MARCELA y CRISTINA

MARCELA: Llega, Cristina, y dile
lo que quieres.
CRISTINA: Ocúpame
el rostro la vergüenza,
y enmudece la lengua.
MARCELA: ¡Qué melindres!
Tomarte has con un toro
y con un hombre armado,
¿y de mi hermano tiemblas?
D. [ANTONIO]: Pues, hermana,
¿queréis alguna cosa?
¿Mandáis que os sirva en algo?
Pedid a vuestro gusto,
que estoy en ocasión de hacer mercedes.
MARCELA: En nombre de Cristina,
os pido deis licencia
para que aquesta noche
os hagan una fiesta los de casa;
Muñoz y Dorotea,
Torrente con Ocaña.
CRISTINA: Y nuestro buen vecino
el barbero también, y la barbera,
que canta por el cielo
y baila por la tierra,
con otro oficial suyo,
nos tienen de ayudar; dígalos todo.
MARCELA: Dígolos todo, y digo,
hermano, que yo gusto
que esta fiesta se haga.
D. [ANTONIO]: Digo que soy contento, y doy licencia
para que el cielo rompa
en diferentes lenguas
y en fiestas diferentes
las cataratas del placer, y salga
a playa mi contento.
D. FRANCISCO: Y aun, a ser necesario,
haré yo mi figura.
[D. ANTONIO]: Y aun yo, que soy valiente recitante.
CRISTINA: Mil años, señor, vivas;
mil regocijos buenos
el corazón te ocupen.
Hacerme tengo rajadas esta noche.
D. [ANTONIO]: El término decente
de honestidad se guarde,
Cristina.
CRISTINA: ¡Bueno es eso!
Bailaremos a fuer de palaciegos.
D. [ANTONIO]: Vamos, amigo.
D. FRANCISCO: Vamos;
aunque don Pedro agora
no está en Madrid.

OCAÑA: Luego, ¿vais a castigar
algún maldiciente?

TORRENTE: Sí.

OCAÑA: Pues no pasemos de aquí,
que yo también he de dar
doce palos a un bellaco,
socarrón, traidor, y miente.

TORRENTE: Si lo dices por Torrente,
daré destierro a este saco,
y haré en calzas y en jubón,
ya con el palo o sin él,
que confieses ser tú aquel
desmentido y socarrón.

OCAÑA: Tente, Torrente; ¿estás loco?,
ten tus cóleras a raya,
si quieres que yo me vaya
en las mías poco a poco.
¿Han de fenecer aquí,
por gustos de mozas viles,
dos Héctores, dos Aquiles?
Mueran. ¿Qué se me da a mí?

TORRENTE: ¡Vive Dios!, que Cristinilla
me mandó te apalease;
a lo menos, te reglase
la una y otra mejilla
con una navaja aguda:
que es, si en ello mirar quieres,
entre las crudas mujeres,
la más insolente y cruda.
Lo mismo a mí me mandó
que a ti.

TORRENTE: Sin duda, así es.

OCAÑA: ¿Y saldrá con su interés?

TORRENTE: Amigo Ocaña, eso no.
Vivamos para beber,
pues para beber vivimos,
y estos dijés y estos mimos
con otros se han de entender
de más tiernas intenciones
y de más sufribles lomos;
no con nosotros, que somos
malos sobre socarrones.
Disimula; vesla allí
donde viene; disimula.

OCAÑA: Ésta es la más mala mula
que en mi vida rasqué o vi.

TORRENTE: Contemporicémosla.
Quizá mudará el rigor:
que su mudanza en mejor
se ha de poner en quizá.

[Sal e] CRISTINA

CRISTINA: Apostaré que están hechos
pedazos mis dos amantes,
que revientan de arrogantes
y de coléricos pechos.
Pero allí están sosegados
más que en misa. ¿Cómo es esto?
Aún no se habrán descompuesto,
que son rufos recatados.

TORRENTE: Señora Cristina mía...

CRISTINA: ¿Tuya? ¡Bueno!

TORRENTE: Pues, ¿que no?

CRISTINA: ¿Quién a ti a Cristina dio?

TORRENTE: El dinero y la porfía.

CRISTINA: ¿Qué dinero?

TORRENTE: Aquél que pienso
darte en llegando la flota,
si no es que, de puro rota,
da al mar el usado censo.

CRISTINA: ¿Tú no me das algo, Ocaña?
OCAÑA: Cristina, ¿yo no te he dado,
como poeta rodado,
del entremés la maraña?
¿Hay día que no te cebe
con dos cuartos y aun con tres?

CRISTINA: Si es que sale el entremés
tal que mi señor le apruebe,
yo me daré por pagada
y satisfecha, que es más.

TORRENTE: Cristina, ¿no nos dirás,
si es que el caso no te enfada,
a cuál de los dos más quieres?

CRISTINA: Es injusta petición,
y aquesa declaración
no la han de hacer las mujeres
como yo; mas, si gustáis
que por señas os lo diga,
haré lo que a más me obliga
el amor que me mostráis.
Muestra si traes un pañuelo,
Ocaña.

OCAÑA: Sí traigo, y roto,
y te le ofrezco devoto
con sano y humilde celo.

CRISTINA: Toma este mío, Torrente,
y con esto he declarado
lo que me habéis preguntado
honesto y discretamente.
Y adiós; y venid, que es hora
de ensayar el entremés.

[Vase] CRISTINA

TORRENTE: Si no te aclaras después,
más confuso estoy agora
que antes de hacer la pregunta.

OCAÑA: Pues yo me aplico la palma,
que en mi provecho mi alma
estas razones apunta:
a ti dio, sin darle nada,
y, sin darme, a mí, tomó;
con el darte, te pagó;
llevando, queda obligada
al pago que recibió.

TORRENTE: A quien toman lo que tiene,
dan muestra que se aborrece;
y en el dar, claro parece
que más amor se contiene,
pues con las dádivas crece.

OCAÑA: La verdad desta cuestión
quede a la mosquetería,
que tal hay que en él se cría
el ingenio de un Platón.
Estos capipardos son
poetas casi los más,
y tal vez alguno oirás
que a socapa dice cosas
que parece, de curiosas,
que las dicta Barrabás.

[Vanse] TORRENTE y OCAÑA. Salen Don ANTONIO,

Don FRANCISCO, CARDENIO y MARCELA, y MUÑOZ

D. [ANTONIO]: Quiera Dios que la fiesta corresponda
al buen deseo de los recitantes.
MUÑOZ: Será maravillosa, porque danza
nuestro vecino el barberito, ¡y cómo!

*Asómase a la puerta del teatro CRISTINA, y
dice*

CRISTINA: Pónganse todos bien, que ya salimos.
MARCELA: ¿Han venido los músicos?
CRISTINA: Ya tiemplan.

*[Vase] CRISTINA. Sal en OCAÑA y TORRENTE, como
l acayos embozados*

TORRENTE: Paréceme que vas algo dañado,
Ocaña.
OCAÑA: Cuando voy desta manera,
va el juicio en su punto. Tú no sabes
cómo el calor vinático despierta
los espíritus muertos y dormidos.
De suerte voy que pelearé con ciento,
sin volver el pie atrás una semínima.
CARDENIO: No es muy mala la entrada.
MUÑOZ: ¿Cómo mala?
Digo que es la mejor cosa del mundo.
Yo soy su medio autor.

TORRENTE: Ocaña, ¿es éste
el zagüán de la fiesta?

OCAÑA: No diviso;
que tengo las lumbreras algo turbias
Adonde oyeres música, repara.

TORRENTE: Escucha, que aquí sale[n] Cristina
y Dorotea.

OCAÑA: Cáigome de sueño.

Sal en DOROTEA y CRISTINA como fregonas

DOROTEA: Aquesta tarde, Cristinica amiga,
pienso bailar hasta molerme el alma.
CRISTINA: Y yo, hasta reventar he de brincarme.
¿Cómo tarda Aguedilla, la del sastre!
DOROTEA: ¿Díjote que vendría?
CRISTINA: Y Julianilla,
la del entallador, con Sabinica,
que sirve a la beata en Cantarranas.
DOROTEA: Todas son bailadoras de lo fino.
En fregando, vendrán.
CRISTINA: Como nosotras,
que lo dejamos todo hecho de perlas.
De la cena no curo: que mi amo
dos huevos frescos sorbe, y a Dios gracias.
DOROTEA: El mío nunca cena; que es asmático,
y con dos bocadillos de conserva
que toma, se santigua y se va al lecho.
CRISTINA: Y tu ama, ¿qué hace? ¿No se acuesta?
DOROTEA: No toméis menos; puesta de rodillas
dentro de un oratorio, papa santos
dos horas más allá de los maitines.
CRISTINA: También es mi señora una bendita,
y, por nuestra desgracia, ellas son santas.
DOROTEA: Pues, ¿no es mejor, amiga, que lo sean?
CRISTINA: No; ni con cien mil leguas. Si ellas fueran

*y con gran razón,
que es la privación
causa de apetito.
Crece en infinito
encerrado amor;
por eso es mejor
que no me encerréis:
que si yo no me guardo
mal me guardaréis.*

OCAÑA: Ya les he dicho que bailen
a lo templado y honesto:
que no gusto que se beban
de las niñas el aliento.

BARBERO: ¡Por vida del so lacayo,
que nos deje, que aquí haremos
lo que más nos diere gusto!

OCAÑA: Bailen: después nos veremos.

MÚSICOS: *Es de tal manera
la fuerza amorosa
que a la más hermosa
vuelve en químera.
El pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies:
que si yo no me guardo,
mal me guardaréis.*

TORRENTE: Tampoco a mí me contentan
estas vueltas ni floreos:
que se requiebran bailando,
pues son requiebros los quiebros.

MÚSICOS: Señores lacayos, vayan
y monden la haza, y déjennos.

OCAÑA: Musiquillo de mohatra,
canta y calla, que queremos
estar aquí a tu pesar.

MÚSICOS: Está bien dicho; cantemos.

*Que tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
se va tras su lumbre,
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque más propongan
de hacer lo que hacéis:
que si yo no me guardo,
mal me guardaréis.*

TORRENTE: Varilla de volver tripas,
no hagas tantos meneos;
lagartija almidonada,
baila a lo grave y compuesto.

DOROTEA: Bodegón con pies, camine,
que aquí no le conocemos;
calle o pase, porque olisca
a lacayo y a gallego.

MUÑOZ: Éstas sí que son matracas,
que tienen del caballero,
de lo ilustre y de lo lindo,
de lo propio y lo risueño.

OCAÑA: Bailar quiero con Cristina.

TORRENTE: No con mi consentimiento.

¿No se acuerda el sor Ocaña
 que a mí me dio su pañuelo,
 y que, en fe de ser su cuyo,
 sobre ella dominio tengo,
 y que los rayos del sol
 no la han de tocar, si puedo?
 OCAÑA: ¿Y no sabe el so Torrente
 que soy aquel que merezco
 bailar con un arzobispo,
 aunque sea el [de] Toledo?
 CARDENIO: ¿No pasa el baile adelante?
 OCAÑA: No; que ha de pasar primero
 de Ocaña la valentía,
 su venganza y su denuedo.
 TORRENTE: ¡Ay narices derribadas
 y tendidas por el suelo!
 Pero toma esta respuesta:
 de Tarpeya mira Nero.
 MUÑOZ: Dióle. ¡Mal haya la farsa
 y el autor suyo primero!
 Pero yo no di esta traza,
 ni escribí tal en mis versos.
 BARBERO: ¡Pasado de parte a parte
 está el pobre Ocaña!
 MARCELA: ¡Ay cielos!
 BARBERO: Yo les tomaré la sangre,
 que para esto soy barbero.
 DOROTEA: ¡Mi señora se desmaya!
 D. [ANTONIO]: Yo tengo la culpa desto,
 pues que sabía que Ocaña
 es buzaque en todo tiempo.
 BARBERO: ¡Paños, estopas, aguijen;
 tráiganme claras de huevos!
 CARDENIO: ¡Huye, traidor enemigo;
 huye, traidor, que le has muerto!
 TORRENTE: Mire si halla mis narices,
 porque sin ellas no pienso
 salir un paso de casa.
 CARDENIO: ¡Sal, que le has muerto!
 TORRENTE: ¡No quiero!
 DOROTEA: ¡Ay, sin ventura, señora!
 D. [ANTONIO]: Las dos llevadla allá dentro.
 Miren quién llama a esa puerta.
 ¡Y la rompen! ¿Qué es aquesto?
 D. FRANCISCO: Yo pondré que es la justicia,
 que a los llantos lastimeros
 destas muchachas acude.
 CRISTINA: Aqueso tengo yo bueno:
 que no lloraré una lágrima
 si viese a mi padre muerto;
 y más, viéndome vengada
 destes dos amantes ciegos,
 importunos, maldicientes,
 socarrones, sacrílegos,
 pobres, sobre todo, y ruines:
 ¡mirad qué extremos extremos!

[Sal en] un ALGUACIL y un CORCHETE

ALGUACIL: ¿Qué guitarra es aquésta?
 CORCHETE: Aquí hay sangre. ¿Qué es aquesto?
 TORRENTE: Yo soy, que estoy sin narices.
 OCAÑA: Y yo, que estoy casi muerto.
 ALGUACIL: No se me vaya ninguno;
 cierren esas puertas luego.
 MUÑOZ: De aquí habremos d[e] ir...
 DOROTEA: ¿Adónde?

MUÑOZ: A la cárcel, por lo menos.
D. [ANTONIO]: ¿No la habéis echado el agua?
DOROTEA: Ya vuelve en sí.
CORCHETE: ¿Qué haremos?
¿Han de ir a la cárcel todos?
ALGUACIL: El caso sabré primero.
TORRENTE: ¡Que tengo de ir a Turpia!
OCAÑA: ¡Que esté tan cerca mi entierro!
¡Mete la tienta, cuitado,
con más blandura y más tiento!
BARBERO: Más de dos palmos le cuela.
OCAÑA: Si yo cuatro azumbres cielo,
no es bien se mire conmigo
en dos varas más o menos.
CORCHETE: Veamos estas narices.
TORRENTE: Paso, detente, reniego
de tus pies y de tus patas:
que las pisas, y tendremos
que enderezarlas si acaso
quedan chatas.
CORCHETE: Yo no veo
en el suelo tus narices.
TORRENTE: Verdad, porque aquí las tengo.
MUÑOZ: ¡Milagro, milagro, y grande!
OCAÑA: Tú, compasivo barbero,
por lo hueco de una bota
entraste la tienta a tiento.
D. [ANTONIO]: Luego, ¿todo esto es fingido?
OCAÑA: Sí, señor.
D. [ANTONIO]: ¡Por Dios del cielo!,
que estoy por hacer que salga
lo que es fingido por cierto.
¡Desnudar, donde hay mujeres,
espadas!
TORRENTE: ¡Ah, señor bueno,
qué mal sientes de sus bríos!
D. [ANTONIO]: Digo que sois majadero.
ALGUACIL: Luego, ¿todo aquesto es burla?
OCAÑA: Todo aquesto es burla luego,
pero después serán veras.
CARDENIO: ¡Qué buen relente tenemos!
D. FRANCISCO: El picón, por Dios bendito,
que ha sido de los más buenos
que he visto hacer en mi vida.
DOROTEA: ¿Bailaremos más?
CRISTINA: Bailemos.
MARCELA: No, porque aún no estoy en mí
del sobresalto, y deseo
reparar el accidente
que me ha puesto en recio extremo.
D. [ANTONIO]: Entraos, hermana.
MARCELA: Vení
conmigo vosotras.
TORRENTE: Demos
sobresaltado remate
al principio de sosiego.

[Vanse] CRISTINA, MARCELA y DOROTEA

ALGUACIL: De que todo sea comedia,
y no tragedia, me alegro;
y así, a mi ronda, señores,
con vuestra licencia, vuelvo.

[Vanse] el ALGUACIL y el CORCHETE

CARDENIO: Ocaña y Torrente, digo
que el asunto fue discreto
del picón, y que se hizo
con propiedad en extremo.
MUÑOZ: El principio todo es mío,
pero no lo fue el progreso;
el perulero y Ocaña
tienen el diablo en el cuerpo.
OCAÑA: Miren la herida por quien
metió la tintera el barbero,
que, mientras es más profunda,
más vida y bien me prometo.

Enseña una bota de vino

TORRENTE: Preguntar quiero otra vez,
mis señores mosqueteros,
quién ha de llevar la gala
de los trocados pañuelos.
Pensadlo para otra vez,
que en este sitio saldremos
con preguntas más agudas,
con entremeses más buenos.
Y advertid que soy Torrente,
perulero por lo menos,
y os daré selvas de plata
y mil montes de oro llenos.
OCAÑA: Hermanos, yo soy Ocaña,
lacayo, mas no gallego;
sé brindar y sé gastar
con amigos cuanto tengo.

*[Vanse] todos. [Sal en] Don SILVESTRE de Al mendáñez, el
verdadero, con una gran cadena de oro, o que le parezca, y CLAVIJO, su
compañero*

D. SILVESTRE: Si no llega al retrato su hermosura,
y della ha declinado alguna parte,
podrá buscar en otra su ventura.
CLAVIJO: Señor, lo que yo puedo aconsejarte
es que procures que la vista sea
la que desta verdad ha de informarte;
y si tu prima acaso fuere fea,
no faltarán excusas con que impidas
el lazo que se teme y se desea:
que, a darle el matrimonio por dos vidas,
las glorias que no diera la primera,
fueran en la segunda prevenidas.
Un nudo solo dado a la ligera,
aprieta, est[r]echa y liga de tal suerte,
que dura hasta la hora postrimera.
No fue de Gordiano el lazo fuerte
tan duro de romper como este fudo,
que sólo se desata con la muerte.
Mancebo eres, pero muy sesudo,
y así, de que has de hacer como discreto
tan confiado estoy, que en nada dudo.
D. SILVESTRE: De seguir tus consejos te prometo.

Ésta es buena coyuntura,
porque imagino que es ésta
mi prima.
CLAVIJO: Como es hoy fiesta,
saldrá a misa.
D. SILVESTRE: ¡Gran ventura!
De mi primo ésta es la casa.

CLAVIJO: Ella es; no hay qué dudar.
Toda la puedes mirar,
si es que descubierta pasa.

*Sal en MARCELA y DOROTEA, con mantos, y detrás
QUIÑONES, con una almohada de terciopelo, y MUÑOZ, que
lleva a MARCELA de la mano*

MARCELA: Delantero cargó Ocaña,
Muñoz, en el entremés.
MUÑOZ: ¿No sabes, señora, que es
el mayor cuero de España?
MARCELA: Desenvainar las espadas,
me dio pena.
MUÑOZ: Aquellas monas
nunca las sacan tizonas,
porque todas son coladas.
Embebe como esponja
vino Ocaña, y aun Torrente
bebe como hombre valiente,
sin melindre y sin lisonja.
MARCELA: ¿Don Silvestre queda en casa?
DOROTEA: Sí, señora; y acostado.
MARCELA: Mi primo es tan regalado,
que ya de lo honesto pasa.
¿Traes, Dorotea, las Horas?
DOROTEA: Sí, señora.
MUÑOZ: El corazón
me dice que hoy el sermón
tiene de durar tres horas.

*Al pasar, don SILVESTRE y CLAVIJO hacen a MARCELA una gran
reverencia, y ella, ni más ni menos*

MARCELA: Pero yo le oiré de modo
que fastidio no me pille.
MUÑOZ: Luego, ¿no pensáis oírle?
Alguna parte, no todo.

*[Vanse] MARCELA, MUÑOZ, DOROTEA y
QUIÑONES*

D. SILVESTRE: Ésta es Marcela, mi prima,
y el retrato le parece.
CLAVIJO: Por cierto que ella merece
ser tenida por la prima
de hermosura y gentileza,
y estaría en perfección
grande, si su discreción
llega donde su belleza.
D. SILVESTRE: Primo y don Silvestre dijo,
y que quedaba acostado,
y que era muy regalado:
¿qué infieres desto, Clavijo?
CLAVIJO: De lo que pueda inferir,
ingenio no se resuelve;
mas el escudero vuelve,
que nos lo podrá decir.

Vuel ve MUÑOZ

MUÑOZ: Viejo en pie, largo sermón,
temblores de puro frío,
y el estómago vacío,

no llaman la devoción.

Aquí, al sol estaré, en tanto
que se quiebra la cabeza
este fraile, rica pieza,
que todos tienen por santo.

CLAVIJO: Díganos, señor galán:

¿quién es aquesta señora
que entró de la mano ahora?

MUÑOZ:

¿Adónde?

CLAVIJO:

En San Sebastián.

MUÑOZ:

Es Marcela de Almendárez,
doncella la más garrida
que vive en toda la corte,
más honesta y recogida.
Es su hermano don Antonio
de Almendárez. Tiene en Indias
un hermano de su padre,
rico a las mil maravillas,
un hijo del cual en casa
se huelga a pierna tendida,
esperando si de Roma
el Padre Santo le envía
licencia para casarse
con Marcela, que es su prima.

D. SILVESTRE:

¿Y llámase?

MUÑOZ:

Don Silvestre
de Almendárez, y es de Lima,
y a nuestra casa llegó,
puedo decir, en camisa,
porque en una gran tormenta
echó al mar dos mil valijas
llenas de tejuelos de oro
finísimo y plata fina,
y entre ellas fue mi bayeta,
que fue oída y no fue vista.

CLAVIJO:

¡Válame Dios! ¡Grave caso!

MUÑOZ:

Éste que viene podría
contaros el caso grave
con más luenga narrativa:
que se halló presente a todo,
con gran dolor de su anima.

D. SILVESTRE:

Ánima, querréis decir.

MUÑOZ:

No me importa a mí una guinda
pronunciar con dinguindujes.

[Sal e] TORRENTE

TORRENTE:

Muñoz, ¿en qué está la misa?

MUÑOZ:

En el misal: ahora empieza.

TORRENTE:

¿Pasó por aquí Cristina?

MUÑOZ:

Entre la cruz creo que andáis,
Torrente, y la agua bendita.

Bastan las de vuestro ojos,
sin buscar ajenas niñas;
que es Ocaña apitonado
y sabe mucho de esgrima.

TORRENTE:

En este caso y en otros,
¿mondo yo, por dicha, níspolas?
Y, cuando no, su cabeza
tiene de guardar la mía.

[Sal e] un CARTERO destos que andan por la corte dando las
cartas del correo

CARTERO:

¿Don Antonio de Almendárez,

saben dónde vive, a dicha,
señores?

MUÑOZ: Hombre de bien,
a la vuelta, en una esquina.
¿Son de Roma?

CARTERO: Sí, señor.

MUÑOZ: La dispensación sería
que aguarda el gran peregrino
y la en beldad peregrina.
¿Cuánto es el porte?

CARTERO: Un escudo.

MUÑOZ: ¡Hoste, puto! Vaya y diga
al mayordomo de casa
que le pague y la reciba.

[Vase] el CARTERO

TORRENTE: Agora sí que tendremos
gusto abierto y rica jira,
regodeos hasta el tope,
lautas y limpias comidas.
Mudaremos este pelo
de sayal con cebollinas
martas.

MUÑOZ: Procurad que sean
ajunas, que sean más finas.

 Con tantos gustos, sin duda,
que olvidaréis la tormenta
que pasastes, que, a mi cuenta,
debió ser en la Bermuda:
 que siempre en aquel paraje
hay huracanes malignos.

TORRENTE: Tanto, que de peregrinos
hicimos pleito homenaje
 yo y mi señor don Silvestre;
mas yo tengo por lunático
quien sube en caballo acuático,
cuando le tiene terrestre.

 A la sorda y a la muda
íbamos muy sin placer,
cuando llegamos a ver
la venta de la Barbuda;
 pero tenía cerradas
las puertas, si viene a mano,
y no hay fiarse cristiano
de viejas que son barbadas.

D. SILVESTRE: Y la canal de Bahama,
¿pasóse sin detrimento?

TORRENTE: Otra canal yo no siento
que aquesta por do derrama
 sus dulces licores Baco.

CLAVIJO: ¿Dónde se alijó el navío?

TORRENTE: No le alijó el señor mío,
que le tuvo por bellaco;
 y más, que espera tener
hijos en su prima hermosa.

MUÑOZ: La respuesta, aunque graciosa,
nos ha de echar a perder.

D. SILVESTRE: ¿En el golfo de las Yeguas
sería el trance crüel?

TORRENTE: Creo que pasamos dél
desviados cuatro leguas.

CLAVIJO: ¿Y dónde se tomó tierra?

TORRENTE: En el suelo.

D. SILVESTRE: Dice bien.

MUÑOZ: Vuestas mercedes nos den

licencia.

D. SILVESTRE: Donaire encierra
 el peregrino, en verdad:
 que, si aspirara a piloto,
 que yo le diera mi voto
 con poca dificultad,
 porque describe los puertos
 y los golfos bravamente.

MUÑOZ: Es estimado Torrente
 de los pilotos más ciertos
 que encierra Guadalcanal,
 Alanís, Jerez, Cazalla.

TORRENTE: Baco en sus Indias se halla,
 pasando por mi canal.

MUÑOZ: Si la plática no atajo
 en ocasión oportuna,
 vos os veis, sin duda alguna,
 Torrente amigo, en trabajo.

[Vanse] TORRENTE y MUÑOZ. Sal en Don ANTONIO, Don FRANCISCO y Don AMBROSIO (trae un papel en la mano)

D. AMBROSIO: Si desto albricias no dais,
 o esta verdad no creéis,
 ni de mi mal os doléis,
 ni de mi bien os holgáis.
 Tras la noche triste mía,
 amarga, lóbrega, oscura,
 hizo salir la ventura
 claro sol y alegre día.
 Por las levantadas cumbres
 de imposibles que temí,
 mi luz clara salir vi
 llena de piadosas lumbres,
 que como nortes me guían
 al puerto con dulces modos,
 y de los peligros todos
 del mar de amor me desvían.
 Ya Marcela ha parecido,
 y con esa letra y firma
 todos mis bienes confirma;
 ya, cual veis, soy su marido.

D. [ANTONIO]: ¿Sabéis vos que ésta es su mano
 y firma?

D. AMBROSIO: Sin duda alguna.

D. [ANTONIO]: Con tan próspera fortuna,
 bien es que os mostréis ufano;
 pero de su padre sé
 que la casa en otra parte.

D. AMBROSIO: Él ni nadie será parte
 a que se rompa la fe
 que con sangre vien[e] escrita
 en ese papel que veis.

D. [ANTONIO]: Haga Amor que la gocéis
 luengo tiempo en paz bendita.
 Tomad, y hágaos buen provecho
 vuestra ventura extremada.

D. FRANCISCO: La mujer determinada
 pone a todo trance el pecho.
 Pero veis aquí do viene,
 el padre de vuestra esposa.

D. AMBROSIO: Esperarle aquí no es cosa
 que a mis designios conviene.

[Sale] el PADRE de Marcela, y vase AMBROSIO, y entra también OCAÑA

PADRE: Como fue demanda honesta
la que os hice, vengo a ver
si vino a corresponder
con mi intención la respuesta,
que ya en público la pido:
que no quiero que rodeos
encubran que mis deseos
no son de padre advertido.
Daré al señor don Antonio...,
deste modo lo diré,
...mi alma, pues le daré
a mi hija en matrimonio.
En ella le daré esposa
bien nacida, cual se sabe,
y aun extremo adonde cabe
el mayor de ser hermosa;
una niña a quien apenas
el sol ni el viento han tocado;
un armiño aprisionado
con religiosas cadenas;
una que son sus cuidados
de simple y tierna doncella;
y ofrezco en dote con ella
de renta dos mil ducados.

D. [ANTONIO]: Con mucho gusto, señor
don Pedro Osorio, hiciera
lo que tan bien me estuviera,
mirando a vuestro valor;
mas la señora Marcela
ha ganado por la mano
a vuestro intento tan sano,
que en honrarla se desvela:
ella se ha escogido esposo,
que es el que salió de aquí.
¿Mi hija Marcela?

PADRE: Sí.
D. FRANCISCO: Padre triste, viejo astroso,
PADRE: ¿qué escuchas? ¿Cómo es aquesto?

D. FRANCISCO: Una cédula le ha dado
de su mano, donde ha echado
de lo que es amor el resto.

PADRE: ¿Será falsa?
D. FRANCISCO: Podría ser;
pero imagino que no.

PADRE: Pues, ¿para qué os la mostró?
D. [ANTONIO]: Turba el sentido el placer.

[PADRE]: Primero que él la vea,
primero que él la toque,
primero que la goce,
ha de perder la vida, o yo la mía.
¡Que venga un embustero,
con sus manos lavadas,
y no limpias por esto,
y el alma os robe y saque de las carnes...!
Mitades son del alma
los hijos; mas las hijas
son mitad más entera,
por cuyo honor el padre ha de ser lince.

OCAÑA: Por Cristo benditísimo,
que la razón le sobra
por cima los tejados
a este pobre señor, de quien me duelo.
¡Que aquestos pisaverdes,
aquestos tiquimiquis
de encrespados copetes,
se anden a pescar bobas con embustes...!

D. [ANTONIO]: Majadero, ¿qué es esto?

OCAÑA: Yo callo y me arrepiento
de lo dicho.

D. [ANTONIO]: Mostrenco,
¿de cuándo acá os metéis vos en docena?

OCAÑA: ¡Que no pueda hacer baza
yo con este mi amo,
y, si a las discreciones
jugamos, quince y falta puedo darle...!

PADRE: No os quiero pedir nada,
ni es razón que os la pida,
hijo, que, si lo fuéades,
remozara mis canas y mis días.
¡Hijas inobedientes,
que al curso de los años
anticipáis el gusto,
destrúyaos Dios, los cielos os maldigan!

[Vase] el PADRE

D. [ANTONIO]: ¡Mi gozo está en el pozo!
D. FRANCISCO: ¿Y si es falsa la cédula?
D. [ANTONIO]: Aunque lo sea, amigo,
ya el honor titubea de Marcela.
Cuanto más, que se sabe
que es bueno don Ambrosio,
y no levantaría
tan grande testimonio.

D. FRANCISCO: Así lo creo.

D. [ANTONIO]: Doncella de escritorios,
de públicas audiencias,
de pruebas y testigos,
no es para mí.

OCAÑA: ¡Sentencia aristotélica!

[Sal en] TORRENTE y CARDENIO

TORRENTE: ¿A cuándo, cuitado, aguardas?
¿Qué diligencias has hecho
que te sean de provecho?
¿A qué esperas? ¿A qué tardas?
Lugar tienes y ocasión
para rogar y fingir.

CARDENIO: Yo tengo para morir,
no para hablar, corazón.

TORRENTE: Tu silencio ha de ser causa
de toda tu desventura.

CARDENIO: Su honestidad y hermosura
ponen en mi intento pausa.
Al cabo habré de morir
callando.

TORRENTE: ¡Qué simple amante!
CARDENIO: Medroso, mas no ignorante.
TORRENTE: Todo lo puedes decir.

*[Sal en] MARCELA, DOROTEA, MUÑOZ, CRISTINA, y
QUINONES*

MARCELA: La torpeza en vos se halla;
caminad, que os valga Dios.

OCAÑA: Uno a uno, dos a dos,
juntado se ha gran batalla.

[Sal en] SILVESTRE y CLAVIJO

D. SILVESTRE: ¿Un don Silvestre está aquí
que tiene por sobrenombre
Almendárez?

CARDENIO: Gentilhombre,
yo soy. ¿Qué queréis de mí?

D. SILVESTRE: Dadme, señor, vuestros pies,
que soy grande servidor
de vuestro padre.

CARDENIO: Señor,
cortés, mas no tan cortés.

D. SILVESTRE: Diez mil pesos ensayados,
con vos, me escribe mi padre,
me envía, y tres mil mi madre.

TORRENTE: Pesos serán bien pesados.
Catorce mil se tragó
el mar, como soy testigo.

D. SILVESTRE: Trece mil son los que digo.

TORRENTE: Catorce mil digo yo.

CARDENIO: Es verdad; yo recibí,
señor, todo ese dinero;
pero el mar...

CLAVIJO: Aquí no hay pero.

D. SILVESTRE: Yo responderé por mí;
callad vos. También me envía
de vuestra prima un retrato.

TORRENTE: Sorbiósele el mar ingrato
sin guardarle cortesía.
Pensamos que se amansara
tocándole su figura,
y por respeto y mesura
en su lecho se acostara;
pero fue tan mal mirado,
que alzó montes sobre montes,
y escondió los horizontes
y aun la faz del sol dorado.

MARCELA: No era reliquia el retrato.

CLAVIJO: No; pero si él le arrojara
con devoción, se mostrara
manso el mar y el cielo grato.

TORRENTE: Todo esto en la memoria
no está, Muñoz, que nos diste,
y si nos caen en el chiste,
nuestra desdicha es notoria.

D. SILVESTRE: ¿Vuesa merced tiene, acaso,

otro hermano?

CARDENIO: Sí, señor.

MUÑOZ: No, señor. ¡Oh grande error!
¡Mil sustos de muerte paso!

CLAVIJO: ¿Cómo se llama?

TORRENTE: Don Juan
de Almendárez.

D. SILVESTRE: ¿Qué ed[ald] tiene?

TORRENTE: Aquella que le conviene.

OCAÑA: Examinándoles van,
y yo no sé para qué.

D. SILVESTRE: ¿Tocaron en la Bermuda?

TORRENTE: Ya he dicho desa Barbuda
otra vez lo que yo sé.

D. SILVESTRE: No ingenio, mas ignorancia,
es fabricar la maldad,
de quien está la verdad,
no dos dedos de distancia.
Yo soy, señor don Antonio,
vuestro primo verdadero,
y de ser éste embustero
darán claro testimonio
mis papeles y el retrato
de mi señora Marcela.

MUÑOZ: ¡El alma se me revela!
¡Si hoy no me muero, me mato!

D. SILVESTRE: Dadme, señora, esos pies
por vuestro primo y esposo.

D. FRANCISCO: ¡Éste es caso prodigioso!

MARCELA: Cortés, mas no tan cortés.

TORRENTE: Tres días ha, desventurado,
que, por no querer hablar,
te has de ver, a bien librar,
en galeras y azotado.
Embistiérasla, malino,
y no aguardaras a verte
en la desdichada suerte
y en el traje peregrino.

D. FRANCISCO: ¿Quién eres?

CARDENIO: Un estudiante.

TORRENTE: Y yo su capigorrón,
que tengo de socarrón
harto más que de ignorante.

CARDENIO: Solicitóme el amor
a entrar en esta conquista
a la sombra de una lista...

TORRENTE: Que la escribió este traidor
de Muñoz.

MUÑOZ: ¡Dios sea conmigo!

¡Llegó de Muñoz el fin!

D. [ANTONIO]: ¡Ah escudero viejo y ruin!

OCAÑA: Eso pido y eso digo.

CARDENIO: Estos soles sobrehumanos,
por quien mi mal crece y mengua,
pusieron freno a mi lengua,
como esposas a mis manos.
En los rayos de sus ojos
se despuntaban los míos,
y nunca mis desvaríos
llegaron a darla enojos.
Si me queréis castigar,
primero advertid, señores,
que los yerros por amores
son dignos de perdonar.

D. [ANTONIO]: En albricias, el perdón
te diera, mas ten aviso
que el Pontífice no quiso
conceder dispensación
entre mi primo y mi hermana.

MARCELA: Casamientos de parientes
tienen mil inconvenientes.

CLAVIJO: El favor todo lo allana.
Yo iré a Roma, y la traeré.

D. SILVESTRE: Yo, aunque primo verdadero,
ni quedarme en casa quiero,
ni poner en ella el pie:
que la honra de mi prima
ha de ir contino adelante,
sin que haya otro estudiante
que la asombre o que la oprima.

CRISTINA: ¿No ha de haber un casamiento
en esta casa jamás?

OCAÑA: Tú, Cristina, le harás,
si te ajustas a mi intento.

CRISTINA: Yo me ajusto al de Quiñones.

QUIÑONES: Pues yo no me ajusto al tuyo.

CRISTINA: ¿Tú, para no ser mi cuyo,
hallas razón?

QUIÑONES: Y razones.

CRISTINA: Ocaña, si me deseas,
vesme aquí.

OCAÑA: No es mi linaje
tal, que lo que arroja un paje

escoja yo, ni tal creas.
TORRENTE: A no estar temiendo aquí
la penca de algún verdugo,
ese arrojado mendrugo
le tomara para mí.
CRISTINA: ¡Malos años y mal mes!
TORRENTE: Acordársete debía,
facinorosa arpía,
del pañuelo y entremés.
MARCELA: Con licencia de mi hermano
y de mi primo, yo quiero
sentenciar al escudero
y al gran embustero indiano.
Trocará la mano el juego
a cuyas leyes me arrimo:
quedarse ha en casa mi primo,
y él se salga della luego.
Lleve su vergüenza a cuestras,
que es la venganza mayor
que puede tomar Amor
de invenciones como aquéstras.
A Muñoz le doy la pena
que da el arrepentimiento
y el destierro.
MUÑOZ: Yo bien siento
ser ángel el que condena.
Mi alma no se alboroz
con sentencia que es tan pía,
pues ve que yo merecía
azotes, si no coroz.
OCAÑA: Bien haya la lacayuna
humilde y valiente raza,
pues que traiciones no traza
para subir su fortuna.
Junto a la caballeriza,
y al olor de su caballo,
con sus bríndez, siento y hallo
que sus gustos soleniza.
CRISTINA: De Quiñones desechada,
y de Ocaña no escogida,
aún no he de quedar perdida,
porque espero ser ganada.
Hace quien se desespera
un grandísimo pecado,
y es refrán muy bien pensado
que tal vendrá que tal quiera.
DOROTEA: Yo sola soy sin ventura.
Es tan corto el hado mío,
que no ha alcanzado mi brío
lo que impide la hermosura.
Nunca he sido requebrada,
ni sé amor a lo que sabe;
mas esto y mucho más cabe
en la ventura quebrada.
TORRENTE: Siento en aqueste desastre
sólo el perder a Cristina.
MUÑOZ: Camina, Muñoz, camina,
pobre, sin bayeta y sastre.

[Vase]

DOROTEA: Sin Marcela, don Antonio,
se entra amargo el corazón.

[Vase]

D. SILVESTRE: Y yo sin dispensación.
[Vase]

CRISTINA: Cristina sin matrimonio.
[Vase]

CLAVIJO: Yo seguiré de mi amigo
los pasos, medio contento.
[Vase]

D. FRANCISCO: Yo alabaré el pensamiento
de don Antonio, a quien sigo.
[Vase]

MARCELA: Yo quedaré en mi entereza,
no procurando imposibles,
sino casos convenientes
a nuestra naturaleza.
[Vase]

OCAÑA: Esto en este cuento pasa:
los unos por no querer,
los otros por no poder,
al fin ninguno se casa.
Desta verdad conocida
pido me den testimonio:
que acaba sin matrimonio
la comedia Entretenida.
[Vase]

FIN DE LA COMEDIA
